EN LA DESGRACIA SE CONOCEN LOS AMIGOS.

COMEDIA EN QUATRO ACTOS

TRADUCIDA DEL ITALIANO

POR

J. A. P.



CON *LICENCIA:*

Barcel. En la Oficina de JUAN FRANCISCO PIFERRER, Impresor de S. M., véndese en su Librería administrada por Juan Sellent.

Scilicet ut fulvum spectatur in ignibus aurum,
Tempore sic duro est inspicienda fides.

Ovid. Nas. Trist. Lib. 1. Eleg. 5.

Asi como el oro en la ardiente llama
Se acrisola, y adquiere mayor precio,
Asi en la adversidad y en el desprecio
Se conoce y comprueba al que nos ama.

Donec eris felix, multos numerabis amicos:
Tempora si fuerint nubila, solus eris.

Ibid. Eleg. 9.

En tanto que propicia la fortuna
Ría á tus pies, y halague tus deseos,
No te abandonará turba importuna
De amigos que loarán tus devaneos:
Pero, segun verás, todos á la una
Cambiarán, si ella cambia sus empleos:
Pues amigos lo son en quanto dura
El dinero, el poder y la ventura.

ACTORES.

El Duque de Bretaña.
El Conde Ripalta, *Padre de*
Don Luis, *y de*
Doña Flavia.
Doña Amelia, *Dama de Palacio.*
El Baron Onorio, *Chambelan del Duque.*
Alberico, *Secretario del Duque.*
El Marques de Armance, *Padre de*
Federico, *niño de diez años.*
Guillelmo, *Fabricante.*
Remí, *Síndico de Gaël.*
Enrique, *Criado del Marques.*

La Escena se finge en la Corte del Duque de Bretaña.

EN

EN LA DESGRACIA SE CONOCEN LOS AMIGOS.

ACTO PRIMERO.

Vista de Ciudad de una parte, y de otra la de la Campiña.

ESCENA PRIMERA.

El Conde Luis, y el Baron Onorio que salen de la Ciudad.

Luis.

Dadme los brazos, amigo.

Onorio.

¡Cómo! ¿Y es verdad? Hasta ahora habia tenido por falsa la voz de que os habiais restituido á Rennes: en fin despues de tan larga ausencia tengo el gusto de disfrutar de vuestra amable compa-

pañía. Pero decidme: ¿Quál es la causa de vuestro regreso?

Luis.

En primer lugar, satisfacer los deseos de mi Padre y hermana, y luego la complacencia de vengarme.

Onorio.

¿Y de quién?

Luis.

Del Ministro Marques de Armance.

Onorio.

Ya no teneis que pensar en ello; pues vuestra venganza y la de todos queda consumada.

Luis.

Por la injusticia de los hombres.

Onorio.

¿Tachais de injusticia....?

Luis.

Seguramente. Os hablaré con franqueza. El mas digno de los mortales es víctima de la ingratitud y calumnia.

Onorio.

Despacio, y exâminad un tanto los dos epitetos que acabais de proferir. Uno insulta directamente al Duque nuestro Soberano, pues él mismo es el acusador; el

el otro sienta menos mal; porque á la verdad, un sin número de gentes, llenas de los beneficios del Marques, aplauden con el mayor descaro su caida, y se complacen en engrandecerla. ¿Pero intentais vengaros y elogiais á vuestro enemigo?

Luis.

Es que yo no lo pretendo con viles procedimientos. En otro tiempo el Ministro despreció mi juventud, juzgándome incapaz del empleo que le pedí. Su repulsa me picó sobremanera; y trasladándome á Dijon, merecí de la bondad de aquel Príncipe que me confiára el mismo puesto que el Marques me habia negado. A mi vuelta pensé se sonrojaria de su engaño, y en esto consistia mi venganza.

Onorio.

Quizá vos sereis el único que pueda atestiguar no haber recibido favor alguno de su mano; lo peor es que los que mas gracias lograron, se han declarado sus mas crüeles perseguidores.

Luis.

¿Qué delito se le imputa?

Ono-

Onorio.

La política del Príncipe ha hecho de él un arcano; pero se le cree reo de alta traicion, y de una conjuracion contra el Estado.

Luis.

¡Él capáz de semejante atentado!

Onorio.

Si. Inmediatamente (cosa nunca practicada) se exâminó su conducta relativa á los negocios secretos de la Bretaña con la mas escrupulosa atencion y rigidez. A todo el mundo se llamó á declaraciones; en especial á los Magistrados, á los principales Artistas y á los Padres de familia. ¿Lo creeriais? Todos unánimes corrieron de tropel á acriminarle. Este exâmen se continua aun despues de pronunciada la sentencia. Gentes desconocidas de toda edad y condicion se apresuran á agravar sus delitos, y la malicia degrada y transforma hasta sus virtudes en vicios y maldades. Jamás se ha oprimido á un hombre honrado con tanto empeño y encono; y mucho ménos á un Padre, á un bien-hechor, y á un Ciudadano.

¡He-

¡Heroe el mas desgraciado! ¡Oh Patria! ¡Quanto te compadezco!

ESCENA II.

Guillelmo y dichos.

Guillelmo.

Señor, escusad la libertad: vos compadeceis la Patria, y yo á vos. Sois el único que usais este lenguage. Perdonadme: esto no le sienta muy bien á un Privado del Soberano; pero creo que lo dixisteis ironicamente.

Onorio.

¡Como! ¿Conmigo tal confianza?

Guillelmo.

Repetidas veces me habeis honrado con ella. El mismo Duque guarda algunas miras á un hombre como yo, que soy tan útil al Estado como un Ministro, y en algunas ocurrencias me distingue con su confianza y agradecimiento. Permitidme que os lo diga. No sé comprehender como es posible que un solo hombre se oponga y condene á todo un Estado, y se resista á las disposiciones de nuestro sabio Gobierno. *Ono-*

Onorio.

Conteneos. No os enfurezcais por esto.
¡Si conocieras quan caras pueden (*ap.*
costarte tus expresiones....!

Guillelmo.

¿No veis que, segun vuestro modo de pensar, yo resultaria culpado? Yo, que como buen vasallo manifesté al Príncipe mis luces y conocimientos, y los errores de un hombre que degenerando de sus principios, lexos de proteger el Estado, cooperaba á su ruina?

Onorio.

¿Acaso éste degeneró de sus principios, quando sacandoos del abismo de la nada, concedió á vuestra Fábrica un privilegio exclusivo por veinte años?

Guillelmo.

Fué una recompensa de justicia debida á mi industria.

Onorio.

Darla el nombre de gracia, seria envileceros demasiado. Vuestras riquezas y sobervia, frutos de tan justa recompensa, no os lo permiten.

Guillelmo.

Pues cabalmente no sé que hacerme

del

del tal privilegio. Vos sois Caballero, yo un Fabricante; pero no sufro insolencias de nadie: acordaos que de mas poderosos que vos, hemos visto humillados y abatidos.

Onorio.

Es decir Ministros.... *aparte á D. Luis.* ¿Lo ois? ¡Quán descarado le hace el dinero! Con él pretende hacer cara á todos, é igualarles.

Guillelmo.

Pareceme que nos hemos entendido, Señor mio.

Onorio.

Rogad á la suerte que no tengais que entenderme mejor.

Guillelmo.

Vuestros enigmas me dán poco cuidado, y quedad en la inteligencia de que no os temo. *Parte.*

Luis.

¡Puede hallarse monstruo mas deforme que el hombre ingrato! ¿Pero que sentencia se fulminó contra el desgraciado Marques?

Onorio.

La confiscacion de todos sus bienes.

Con crueldad nunca vista fué echado del Palacio en que habitaba: nada absolutamente se le ha dexado de quanto es necesario á la vida, y mucho ménos á la decencia ó lustre; y para colmo de su desgracia se publicó un bando que amenazaba con igual suerte á qualquiera que le socorriese y amparase.

Luis.

¿Para qué, pues, dexarle la vida, si le privan de los medios de sostenerla? A pesar de todo, no habrá faltado quien, ménos preocupado, haya creido que no le era ilícito asistirle.

Onorio.

Nadie se acuerda que anteayer él era el amigo y protector de todos. Algunos le miran al soslayo, y al paso que le compadecen, le evitan; pero la mayor parte le vén con indiferencia, y aun no falta quien se envilezca hasta mofarse y complacerse de su miseria: En fin, todos temen su acceso.

Luis.

Estos procedimientos me llenan de despecho.

Onorio.

¿En donde pensais que ha pasado el Marques la última noche?

Luis.

¿Donde?

Onorio.

En una pobre choza, en que le dió acogida un hombre de bien, un fatigado trabajador, que apenas gana para comer. Este dividió con él sus lágrimas y su habitacion; y el peligro de ser descubierto, le hace temblar.

Luis.

¡Dios de bondad!

Onorio.

Ved aí dos de los favorecidos, que mas insensibles é ingratos se han mostrado.

Luis.

Pareceme no desconocerlos.

Onorio.

Alberico el Secretario del Duque, y ella....

ESCENA III.

Doña Amelia, Don Alberico y dichos.

Amelia.

Besoos la mano, Señor Baron.

Onorio.

Servidor vuestro, bella Amelia. Muy tarde habeis salido de Palacio.

Amelia.

Hoy el Duque se ha manifestado mas alegre de lo acostumbrado, y esto ha sido motivo de dilatarse el tiempo del recreo hasta aora: el amable Alberico ha tenido la bondad de acompañarme.

Alberico.

Decid la dicha.

Amelia.

El Duque ha zumbado en extremo el contrato de mi casamiento.

Onorio.

¿Con el Marques supongo?

Alberico.

En verdad que si él hubiese llevado prisa, en lugar de regocijos y adornos nupciales os veriais enredada y confundida en su desgracia.

Ono-

Onorio.

¿Os será sensible no poder casaros con el Marques?

Amelia.

Como á Marques no; pero si como á primer Ministro.

Onorio.

Siendo asi, ¿solamente estabais prendada del empleo?

Amelia.

Esto no priva que con el tiempo hubiese querido el empleado. Habria sido una grande satisfaccion poder decir: Soy la muger del Ministro.

Alberico.

Las mugeres ya no aman á los hombres por sus prendas personales, si solo por sus miras de ambicion y engrandecimiento.

Amelia.

Acaso ¿los hombres hacen ménos?

Alberico.

Son mas sínceros, Señora, son mas buenos.

Amelia.

¿Ya me venis con disputas?.. Sean lo que mejor les parezca, lo que os digo es,

mi

mi querido Alberico, que las mas veces sois un postema.

Alberico.

Callo al momento.

Amelia.

Volviendo al asunto, puedo aseguraros que despues de semejante descalabro, pienso acabar mis dias en el celibato.

Onorio.

¿Porque? El número de los hombres es grande.

Amelia.

Pero el de los Ministros....

Alberico.

Muy corto.

Amelia.

Cuidado que no me obligueis á responderos en verso; porque oireis cosas buenas.

Alberico.

Hasta en vuestros enfados seriais para mí la Musa mas amable.

Amelia.

A propósito de Musa: ¿donde está el Soneto que ofrecisteis leerme?

Onorio.

¿Quién le ha compuesto?

Amelia.

El muy docto Alberico.

Onorio.

¿Tambien es aficionado?

Amelia.

Un poquito de todo. Es Secretario, Filósofo, Legista, Poëta, Político.... en suma, un hombre para todo y un tomo de Corte universal.

Onorio.

¿Quál es el asunto del Soneto?

Amelia.

Esto ni ménos debiais preguntarlo. Claro está: la caida del Marques.

Onorio.

¡Ah! teneis razon: no habia dado en ello.

Amelia.

Ahora que me ocurre: ¿Porque en vez de celebrar su infortunio en vuestras rimas, no intercediais á su favor procurando minorarlo en lo posible?

Alberico.

Escusadme: Esto no corresponde á un buen Cortesano.

Amelia.

¿Y porqué?

Alberico.

Porque en las Cortes los cargos son pocos; y si alguno no baxa, el que espera, no sube; las mas veces semejantes caidas se procuran y desean.

Amelia.

Teneis mucha razon.

Alberico.

Quanto mas raros son los favoritos, con mayor probabilidad puede uno prometerse....

Amelia.

¿Alcanzar el Ministerio? Obtenedlo sin tardanza, y en lugar del Marques, os elegiré á vos por marido.

Alberico.

Antes como á futura Esposa interponiendo vuestro valimento, deberiais suplicar....

Amelia.

¿Pretendeis que me envilezca, manifestándome enamorada?

Alberico.

El amar no ès delito.

Amelia.

¿Qué entendeis vos de estas materias, sino conoceis el amor mas que por escrito?

Ono-

Onorio.

¿Ois? *aparte á Don Luis.* Esto se llama hablar con franqueza, y sin guardarse atenciones.

Luis.

¡Qué corazones tan superficiales y fingidos.

Onorio.

Siendo asi que él debe sus rentas y empleos al Marques y ella su lustre.

Alberico.

Entre otros motivos por uno en especial no puedo compadecerle.

Amelia.

¿Quál es?

Alberico.

Miraba con gran indiferencia á los sabios, que tenian en él un pobre Mecenas.

Amelia.

Vos no podeis decir tal. ¿Quién os presentó al Duque? ¿Quién os proporcionó el honroso cargo de Secretario? Solo el Marques os ha hecho brillar, y á él solo debeis quanto sois y disfrutais.

Alberico.

Todo lo debo á mi relevante mérito. La fama de mi nombre resonaba gloriosa

por todas partès, y el Rey de la Gran Bretaña, el Duque de Borgoña, y el de Babiera se disputaban á porfia la suerte de poseerme.

Amelia.

¿Pues qué estabais dudando...? ¿qué haciais entre nosotros hace algunos años, quando en el rigor del Invierno llevabais un vestido tan ligero y estropeado como vuestra poetica cabeza, incapaz de guardaros de la lluvia y nieve? ¿Cómo tantos Duques y Reyes nos os costearon una capa?

Alberico.

La chanza es poética.

Amelia.

En fin, olvidemos este asunto. Leednos la entendida composicion si la teneis á mano.

Alberico.

Siempre la llevo encima. Oidla. *Lee.*

SONETO.

De Morfeo en los Reynos transmitido
Donde la fantasía se enardece,
Escena presencié, que no merece,
Por lo rara, abismarla en el olvido.

Ob-

Observé un favorito, que atrevido,
Qual Ícaro, á tal punto se envanece,
Que superar los aires apetece,
Y á su gran bien-hechor ver abatido.
Viéndose en la alta esfera ufano y loco
Á Júpiter tonante tuvo en poco:
Quando un rayo, vibrado por su diestra,
su locura y su nada le demuestra.
Pues del audaz el remontado buelo
Con mas facilidad se abate al suelo.

Amelia.

Bien.

Onorio.

¡Brabo! ¡perfectamente! *Con ironía.*

Alberico.

La Poesía hace mi capricho: !Oxalá mantuviese aun su antiguo crédito y estima!

Onorio.

¿Y cómo quereis que la conserve? Ella se formó entre los humos aromáticos de los Altares para alabanza del Criador, y para celebrar las virtudes y hazañas de los Heroes; pero ahora solo sirve al escándalo y maledicencia: fué inventada tambien para la diversion y deshaogo de los mortales; mas ya sus viles corruptores

la emplean para la venganza, para la calumnia, y para tratar asuntos obscenos, que sin sus adornos, sutileza, y amagos nos causarian asco é indignacion. Reflexîonad que uso haceis vos mismo de ella. ¿No echais de ver con quanta baxeza la empleais para mostraros ingrato y rebelde á vuestro gran bien-hechor?

Amelia.

¿No os lo tengo dicho, Señor Filósofo, &c.... que sois una mala lengua?

Alberico.

Este es un cínico; pero me dá poco cuidado: con una plumada le cierro la boca y anonado. *aparte.*

ESCENA IV.

El Marques de Armance se descubre en lo último de la calle pensativo.

Onorio.

Por allí anda el que os ha prestado (*á Alberico*) materia para dar á luz tan bello Soneto.

Alberico.

¡El Marqués! *á Doña Amelia.*

Amelia.

Escurramonos. No me siento con ánimo de mirarle. *Al-*

Alberico.

Tambien á mi me contrista su presencia. El aspecto de un infeliz es siempre desagradable...... *Parten.*

Onorio.

¡Huyen los infames! ¡Quán insoportable le es al ingrato la presencia de su bien-hechor! A pesar de su insensibilidad, le asaltan mil remordimientos que le condenan y echan en cara su perfidia.

ESCENA V.

Remí se adelanta mirando con admiracion á todas partes.

Remí.

Preguntaré por él á estos Caballeros.

Luis.

Parece que este hombre quiere algo de nosotros. (*á Onorio.*

Remí.

Perdonad: *Haciendo muchas reverencias* Haced el favor de informarme de la morada del Duque.

Onorio.

Con mucho gusto, buen hombre.

Re-

Remí.

¿Acaso es aquel suntuoso edificio que desde aqui se descubre?

Onorio.

Cierto.

Remí.

Muchísimas gracias. *Partiendo.*

Onorio.

¿Sois forastero?

Remí.

Si Señor.

Onorio.

¿Nunca habeis estado en Rennes?

Remí.

Esta es la primera vez.

Onorio.

¿Teneis algun importante negocio en la Corte?

Remí.

Vengo comisionado por mi Departamento.

Onorio.

¿Quien sois?

Remí.

El Síndico de Gaël.

Onorio.

Disimulad la curiosidad. ¿Teneis inconve-

ve-

veniente en decirme que se os ofrece?

Remí.

Ninguno: Hablar al Duque.

Onorio.

¿Venis recomendado?

Remí.

¿Qué recomendaciones necesito? El Duque no me negará la Audiencia. Soy Síndico, y esto basta.

Onorio.

Teneis mucha razon: pero yo podria introduciros, y á mas favoreceros.

Remí.

Siendo asi, me alegro infinito, y os ruego tengais la bondad de patrocinarme, y darme algunas luces.

Onorio.

¿Qué comision llevais?

Remí.

Hacer una declaracion contra el Ministro.

Onorio.

¿De parte de quién?

Remí.

De mi Departamento.

Onorio.

¿Acaso le hizo algun agravio?

Re-

Remí.

Si he de decir verdad, ninguno.

Onorio.

¿Porqué, pues, venis á acusarle?

Remí.

Diré: Llegó á nuestra noticia que los demas Departamentos creyeron hacerse un mérito, descubriendo alguno de sus descuidos ó faltas en perjuicio del Estado. Seria el mayor deshonor para nosotros que fuesemos reputados tan ignorantes, que no conociesemos lo que está bien ó mal visto. Ayer tarde juntamos consejo y resolvimos alegar contra él que jamás tuvo zelo ni amor para con nosotros.

Onorio.

¿En qué lo fundais?

Remí.

Hasta aqui sé: de lo demas no me acuerdo.

Onorio.

¿Traeis la acusacion por escrito?

Remí.

Ni por pienso. Viene acompañandome nuestro Cancelario que hablará al Duque por mí; ya tiene buen pico, y para dis-

disputar las apostará con el mismo Ciceron.

Onorio.

Me parece que no están nada justificados los cargos que haceis al Marques, y que vos tampoco les dais mucho crédito.

Remí.

¡Oh, muchisimo! Además, todos á una voz le condenan: esto es suficiente para que sea culpable.

Onorio.

¿Habeis oido en vuestra vida tales absurdos? *á D. Luis* ¿tal entusiasmo para aterrar á un hombre?

Luis.

¡Qué motivos de admiracion, y desprecio!

Remí.

Volviéndose hácia atrás vé al Marques.

¿Quién está ahi?... Señor, sin ánimo de molestaros, servios decirme, ¿quién es aquel buen hombre? Aunque su trage y vestidos son muy diversos, con todo su fisonomía me parece es aquella misma. No, no me engaño.

Onorio.

¿Tanto interés teneis en conocerle?

Re-

Remí.

Si es el que imagino, hace como cosa de quatro años que pasó por nuestro territorio. ¡Oh, y qué buen Señor! me acuerdo como si ahora le estuviese viendo y admirando. A todos saludaba y hablaba con todos con la mayor afabilidad; y en la visita de cumplimiento que le hizo el que entonces ocupaba mi lugar, le abrazó con una afable sonrisa, y le dió el nombre de hermano.

Onorio.

¿Sabeis quién es?

Remí.

No por cierto.

Onorio.

Es el mismo á quien venis á acriminar.

Remí.

¿El Ministro? ¡Triste de mi!... ¿Qué intenté?

Onorio.

¿Qué teneis?

Remí.

¡Ah! he sido engañado! No sabia lo que me hacia, ni á quien culpaba: ¡Dios me libre de ser su acusador!

Ono-

Onorio.

¿Porqué?

Remí.

¿Porqué, decis? ¿os parece que un Señor tan bueno y amable pueda ser culpado? A la verdad que no merece ser tan infeliz.

Onorio.

Pero...

Remí.

No Señor, no Señor, yo lo digo.

Onorio.

¿Y que dirá vuestro Departamento?

Remí.

Diga lo que quiera, comisione á otro; pues yo no daré ni siquiera un paso mas contra el Ministro. ¿Tendreis la complacencia de hacerme otro favor?

Onorio.

Hablad.

Remí.

Nuestro Cancelario ha de llegar por momentos. Yo llevo un poco de prisa, y veo que la tarde vá de caida. Asi que llegue, decidle de mi parte, que me hospedo en casa del Conde Ripalta, de quien tengo varias tierras en arriendo.

Ono-

Onorio.

Buen hombre, vos me provocais á risa.

Remí.

¿Como?

Onorio.

¿Como quereis que conozcamos á vuestro Cancelario?

Remí.

Vaya, teneis mucha razon. ¡Qué bestia! ¿Donde esta mi Cabeza? Me se figuraba hallarme en mi tierra en donde todos le conocen. Con vuestro permiso. *partiendo.*

Onorio.

Aguardad. ¿No habeis nombrado al Conde Ripalta?

Remí.

Si Señor.

Onorio.

Pues este Caballero es hijo suyo.

Remí.

¿Vos? ¿Aquel que estuvo en Dijon?

Luis.

El mismo.

Remí.

¡Quanto me alegro! Permitid que por la primera vez tenga la dicha de besaros la mano.

Luis.

Luis.

Esperadme, irémos jnntos á Casa.

Remí.

Lo tendré á mucho honor. *Se retira.*

Onorio.

¿Que os parece de la sencillez de este hombre?

Luis.

La comparo con la perfidia de otros.

Onorio.

Me parece que estais algo pensativo. ¿Que os ocupa?

Luis.

Tambien me ha parecido que vos os contradeciais; y en esto pensaba. Aparentais ser sensible al infortunio del Marques. ¿Sería por ventura inocente? Dirigis invectivas contra los ingratos é insensibles, y vos, que podriais valerle, nada haceis en su favor.

Onorio.

La respuesta que podria daros, á mas de ser peligrosa, necesita de mucha reflexîon. Contentaos creyendo, que ni mi corazon es cruel, ni está exhausto de sensibilidad. Quedad con Dios. *Vase.*

Luis.

Sea el Marques inocente ó culpado, yo practicaré lo que me dicta el corazon, y la humanidad. Ya estoy resuelto. *á Remí.* Vamos: *Vase.*

Remí.

Ya os sigo. *Mirando al Marques.* Vedle ahí: ¡Pobre Señor! Su suerte me causa la mayor lástima. No hablaré mas en su daño, aunque tuviese que pleitear con todo el Departamento, y con el mundo entero. *Vase.*

Marques.

En medio de una Ciudad populosa *adelantándose.* puedo asegurar que he quedado solo y desamparado. Por donde quiera que pase, todos baxan los ojos, murmuran entre si, y me evitan. Hace tres dias que me hallaba rodeado de la mas brillante comitiva, que me llenaba de aplausos y bendiciones; mas ya desapareció, ya no me queda recurso ni asilo: todos me acusan, y detestan. El único bien, la sola prenda que conservo, es la inocencia, resignacion y fortaleza.

ES-

ESCENA VI.

Dicho y Enrique.

Marques.

Saliéndole al encuentro. Mi fiel amigo, mi querido Enrique ¿que noticias me traes?

Enrique.

Ninguna buena, amado Señor. Corrí á Nantes con una rapidez superior á mis fuerzas; y sin perder un momento, lleno de polvo, y brotando agua de todo mi cuerpo, fuí introducido en casa de vuestro primo, que hallé ocupado en acariciar un Papagayo, ó por mejor decir en dar satisfacciones al respetable volatil, porque los Criados á quienes reñia, ó mas bien maltrataba, habian cometido algun descuido, ó falta en servirle. La primera acogida fué acompañada de las mayores demostraciones de cariño y complacencia: pero así que le informé de vuestra desgracia, y le pedí en vuestro nombre los dos mil escudos, mudó de semblante, pestañeó, y poniéndose la mano en la frente, transformó la jovialidad y alegría, en admiracion y frial-

dad: hízome mil preguntas interrumpidas, soltó su querido Loro, y poniéndose á dar vueltas por la sala, oí que entre dientes, exclamaba. ¡Voto al Diablo! ¿Como es posible que la desgracia sorprenda á un Ministro sin un quarto, con que asegurar su existencia? Semejante descuido no puedo perdonarselo. ¡Que imprudencia! ¿Como habia de atender y favorecer al Estado, el que no era bueno para si?.... Dirasle... que en la actualidad... no puedo... pero que dentro algunos dias... No puedo contenerme... recibirá mi respuesta, y quizás... En fin le expresarás el sentimiento que me ha causado su infortunio, y el no poder prestarle por ahora la suma que me pide. En mala ocasion me ha cogido. A Dios... Y volviendo las espaldas, no le ví mas.

Marques.

No lo extrañes amigo. Es demasiado sabido que un pariente jamás fué buen amigo.

Enrique.

Lo peor es que la ingratitud, segun parece, se va haciendo la qualidad favorita de toda la tierra... Salí de allá rabioso, in-

increpando y maldiciendo su insensibilidad. No sosegué, y sin perdonar diligencias, hallé diez de vuestros mas íntimos conocidos, pero no alcanzé mas de ellos que de vuestro pariente: preguntas, admiraciones, y estériles muestras de una compasion de etiqueta. En esto consiste todo el alivio y socorro que os traigo de parte de esos bárbaros.

Marques.

Querido Enrique no te aflijas. La virtud, la beneficencia de los hombres es muy limitada. Ya lo habia previsto, y me tenia hecho cargo. En Dios solamente debemos esperar. ¡Desgraciado el que confia en los hombres! Hazme el último favor y el mas grato. Vete al Colegio, y dile al Director que te entregue mi hijo. Él me intimó de parte del Duque que le mandára á buscar: y á mas tuvo la osadía de reconvenirme y amenazarme. Este es el trato que se me ha hecho mas cruel é insoportable, porque recae en la parte mas amada de mí mismo. Con todo procura enternecerle, y suplícale si quiere hacer la caridad de dexarle pasar la noche en el Colegio; pero si inflexîble se resiste, condúcele á mis brazos.

Enrique.

¿En donde os hallaré? ¿qual es vuestra habitacion?

Marques.

Ya no hay asilo para mi. Me se disputa, y priva hasta de aquello que es comun á los brutos, un pesebre, una choza y principalmente el sustento. ¿Sabes ¡oh pena! que he sido echado de aquellos albergues, en que el mendigo y el malvado compran la hospitalidad y el reposo? Así que me he presentado en alguno de estos lugares, mirándome con terror y desprecio, me han dado con la puerta en rostro. Solamente un hombre de bien, que sin duda por esto es miserable, se dignó acogerme, y me obligó con su llanto á pasar esas dos noches en su morada... Pero nunca sea que yo prolongue con mi presencia su sobresalto y temores, ni el riesgo que por mi causa ha corrido. En adelante á nadie incomodaré.

Enrique.

¿Donde pasareis las noches?

Marques.

Aquí á la inclemencia del tiempo, en la desnuda tierra, entre la memoria de los be-

beneficios de que he colmado á mis semejantes, y la ingratitud y malicia que los desmiente.

Enrique.

¿Y vuestro hijo tambien?

Marques.

Aprenderá conmigo á sufrir, y hacerse grande, si algun dia se vé perseguido y maltratado.

Enrique.

No imagineis que permita que vos ni aquella tierna criatura... ¡Ah Señor! Mi casa es pobre y desaliñada, pero al presente os parecerá bastante cómoda. Allí acompañaré á vuestro hijo, y espero que no os desdeñareis de hacer noche en ella.

Marques.

¡No permita Dios que este rasgo de humanidad redunde en daño tuyo, y haga desplomar sobre tu cabeza las iras del Príncipe! No ignoras quan rigoroso es el edicto.

Enrique.

Demasiado que lo sé: pero mas quiero participar de vuestra desgracia, que de la infamia y vileza con que la barbarie os acusa y maltrata.

Mar-

Marques.

Calla amigo. Exîjo por la última vez de tu virtud, la obediencia que siempre me has tenido. Anda, y executa quanto te he encargado.

Enrique.

¡Oh hombres! Este suelo está sembrado de vuestros favores. ¿Y por ventura se hallará uno entre tantos que no haya resultado en daño vuestro?

Marques.

He hecho bien solo por la complacencia y satisfaccion de hacerlo, mas sin esperanza ni deseo del premio. He exercitado la piedad sin interés, y jamás he vendido la justicia, ni los empleos del Estado. El Cielo es testigo de mis buenas intenciones y de mi inocencia: él pondrá fin á mi pena, ó á mi vida.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

El Marques.

La noche se adelanta, y sus opacas sombras esconden mi desolacion á la vista de los mortales. ¡Todavia no llega mi hijo!

jo! Quien sabe si su inocencia, y las palabras de Enrique lográron enternecer aquellos inhumanos corazones, que hacen ostentacion de la virtud para ponerla á precio y sacar su provecho, y no para practicarla. A lo ménos por esta noche: quizás mañana resplandecerá sobre nosotros la benéfica luz de la Providencia, é iluminará el tenebroso abismo en que nos hallamos confundidos. Con todo me siento tranquilo. ¡Oh buen Dios! á la verdad todos los honores y riquezas de la tierra son incomparables con la satisfaccion y consuelo que experimenta el que no es culpado, ni le atosigan los crueles remordimientos. ¿Pero de donde me fué disparado este improviso rayo, que antes de de preveerlo me anonada? ¿Mi Soberano es á un tiempo Juez y parte? apenas él ha hablado, en un momento todos se han levantado contra mí, me han abatido y abandonado. Paréceme un sueño. Alguien hácia aquí viene ¿Eres tu, buen Enrique?

ESCENA II.

Marques Enrique y Federico.

Enrique.

Si Señor, yo soy, y éste vuestra sangre.

Mar-

Marques.

¡Mi querido hijo! Esta es la primera vez que al abrazarte se me asoman las lágrimas.

Federico.

Padre mio, ¿ Estais acaso enfadado conmigo?

Marques.

¿Que dices? Jamás te he amado tanto como ahora.

Federico.

¿Porque, pues, habeis mandado sacarme del Colegio?

Marques.

No ha sido mi voluntad, si la de aquellos inhumanos.... Pero no te molestes.... ¡ Ah! demasiado pronto sabrás la suerte que te está preparada.

Federico.

¡Cómo! ¿ Vos tan triste y turbado? Tambien he notado que mi Superior, que antes me regalaba y acariciaba, me ha despachado con severidad y sobrecejo.

Marques.

¿Y es así, Enrique? Por esta accion aprende á exâminar á los hombres, y conocerles. Hasta la edad mas tierna no está libre de sus tiros y crueldades. ¿ Preferirás cambiar la morada del Colegio con los brazos de tu Padre?

Fe-

Federico.

De la mejor voluntad.

Marques.

¿Y si tu Padre se hallase confundido en la mayor miseria?

Federico.

Tendría paciencia, y no sentiría tanto el ser pobre, estando en su compañía.

Marques.

¡Ay hijo del alma! Ya no te desprenderás mas de mis brazos: en este seno, en este corazon, que tu solo animas y haces palpitar, tendrás tu morada y reposo: con él calentaré tus delicados miembros, si les acomete el frio de la estacion rigurosa: con él arrostraré los contratiempos y miserias, y él te servirá de escudo.

Federico.

¿Llorais Padre mio? Habeis bañado mi rostro con vuestras lagrimas.

Marques.

No, no lloro. ¿Porque quieres que llore?

Federico.

¿Que sé yo? me pareceis mucho menos alegre de lo acostumbrado.

Marques.

¿Porque tardaste tanto en volver *á Enrique* con Federico? *En-*

Enrique.

No quise perder de vista su equipage, que hize conducir á mi casa. No fuera que se nos hubiese vuelto de humo.

Federico.

¿Y porque no lo hiciste llevar á nuestro (Palacio?

Enrique.

¡A vuestro Palacio! ¡Ah, mi amado Señorito! *Llorando y besandole la mano.*

Federico.

¡Como! ¿Acaso no nos pertenece ya?

Enrique.

No se que responderle. *Ap.*

Marques.

Me parte el corazon. *Ap.*

Federico.

Ya veo que efectivamente llorais y con motivo: tambien á mi me chorrean los ojos.

Enrique.

Con el mas vivo sentimiento. Vamos, mi amado y digno Señor, no me hagais morir de pena; mirad por vos y Federico, es preciso tomar alguna resolucion. Os protesto que no he de abandonaros de ningun modo. Que me destierren, que me maten, nada me importa; mas sentiria perderos. En fin ceded, ceded á mis repetidos ruegos,

con-

conformáos á mis deseos: dexémos este lugar, y vamos á mi casa.

Marques.

Tu sabes mis resoluciones y conoces la constancia con que me he propuesto sugetarme á las inclemencias y rigores de mi infausta suerte. Soy firme é invariable, y así cesa de obligarme. A muchos he hecho felices, y no consentiré en hacer á alguno desgraciado.

Enrique.

A lo menos este muchacho....

Marques.

No te lo niego. Es regular que él no esté comprehendido en tan tremendo edicto. Cuida de él esta noche, y vuelvemele mañana.

Federico.

No quiero dexaros, amado Padre.

Marques.

Obedece, hijo mio, y no te aflixas.

Lo abraza y besa muchas veces.

Enrique.

Dios os bendiga y disipe vuestros infortunios. Corriendo voy á entregarle á mi muger, que tanto le ama, é inmediatamente vuelvo para no separarme ya mas de vos.

Dormiremos, y velaremos juntos, os serviré y obedeceré durante mi vida: no quiero ser mas dichoso ni desdichado que vos. Si vuestra suerte mejora y nos proporciona motivos de alegría, disfrutaré de vuestras satisfacciones; y sino dividiré con vos mi subsistencia, seré partícipe de vuestros trabajos, y si es necesario, gustoso os sacrificaré mi vida. ¿Pero que hacemos aqui irresolutos, rodeados por todas partes de enemigos y traydores? Creedme, mejor será abandonemos estos ingratos y barbaros países: partamos mañana antes....

Marques.

¿Con que medios? ¿Con que provisiones? No ignoras con quanta impaciencia aguardaba tu regreso de Nántes: á mas de esto espero cartas de Paris, en que me lisongeo recibiré algun socorro. Quando me se intimó que saliera del Palacio del Duque, no llevaba conmigo ni dinero, ni joyas solamente el relox, que sacrifiqué á un usurero para atender á las necesidades de la vida.

Enrique.

No desmayeis Señor. Si es necesario, venderé los pocos muebles que tengo, los vestidos de mi muger, y mios. *Fe-*

Federico.

Padre mio, tan triste conversacion me indica que somos muy infelices.

Marques.

Te engañas querido; pues nos acompaña la inocencia y hombría de bien. La ira de los hombres es pasagera, unicamente debemos temer la del Cielo. ¿Que miras? *A Enrique.*

Enrique.

Me se habia figurado... Pero no... Olvidaba deciroslo. Al volvér, divisé entre las sombras algunos bultos, que al ruido de nuestro pisotéo desaparecieron; no pude conocerlos, pero juraria que eran espías.

Marqués.

Y con mucho fundamento: no lo dudes, Enrique. En todos instantes son contados mis pasos, y observadas mis acciones. Vee ahí porque conviene que no te arriesgues, y vayas con precaucion.

Enrique.

Alguien aquí se dirige.

ESCENA III.

Dichos, y Guillelmo con linterna.

Guillelmo.

Ap. ¿Sería este? sí, sí, el mismo: una

vez que me tachan de ingrato, quiero exîmirme y dexar á un lado la atencion y respetos. ¿Que se me da á mí de las palabras vacías de los rígidos censores? Mil alabanzas no añaden un ochavo á mi patrimonio, y otras tantas injurias y desprecios no se lo quitan.

Enrique.

Es Guillelmo el Fabricante.

Guillelmo.

Señor, sin duda no contabais veros honrado con mis visitas.

Marques.

Ap. ¡Insolente! ¿Que quereis de mí, Guillelmo?

Guillelmo.

Vos os habeis olvidado de vuestros amigos, y mayormente de mí: pero es muy justo que yo me acuerde de vos, ántes que os escapeis.

Marques.

No comprehendo... explicáos... Quien sabe si éste, obligado por mis muchos favores....

Guillelmo.

Siete dias hace, es muy reciente la fecha, que os entregué la colgadura que

me habiais encargado, texida en mi Fábrica.

Marques.

Es muy cierto.

Guillelmo.

Pues vengo á asegurar mi crédito: vos me debeis su importe, que suma seiscientos escudos.

Marques.

Guillelmo, ya conoceis mi modo de pensar. Esta es la única deuda que no he satisfecho de contado; lo siento infinito, aunque sin culpa, que tengais que reconvenirme. Con todo no me trastorno, y estoy tranquilo, pues las circunstancias me justifican.

Guillelmo.

Si vos lo estais, yo no. Disponeos á pagarme, ó á prestarme caucion.

Marques.

Discurro que antes de exîgirlo os habreis aconsejado; pues no ignorais que el Duque me ha abatido en la miseria, despojándome de quanto poseía. Si él es tan justo como severo, para satisfacer con los bienes que me ha confiscado, la sola deuda que la desgracia me priva de quitanzar por mi mano.... *Gui-*

Guillelmo.

¿Que tengo yo que ver con el Príncipe, ni si es justo ó injusto? para cobrar solo os conozco á vos.

Marques.

Os juro por la integridad y hombría de bien que me asiste, y deberiais suponer en mí, que aunque os aconseje y tenga por justo acudir al Príncipe para reintegraros; os pagaría yo mismo de muy buena gana, si algo me hubiese quedado: ya lo veis, ni siquiera tengo con que comer, y así vos intentais un imposible.

Guillelmo.

Quisiera no tener que deciroslo todo, y ahorraros un disgusto.

Marques.

No le hace, os exônero de todo respeto ¿Puede haber nada mas desagradable y terrible que lo que sufro? Hablad, hablad libremente.

Guillelmo.

Si yo hubiese hecho bancarrota, y fuese deudor á mis corresponsales de efectos ó letras de cambio, ellos no admitirian por saldo mis excusas é insuficiencia.

Marques.

Mas el caso es tan diverso...

Guillelmo.

Es idéntico: y á pesar de todas mis protestas y aserciones de no ser culpado, procederian contra mi en juicio, y exîgirian en caucion á mi persona.

Marques.

Concluid.

Guillelmo.

Pues Señor mio, lo propio podria hacer con vos; y hablando sin rodeos, en mi mano está el modo y permiso de hacerlo. *ap.* Ya me hace poco miedo.

Marques.

¿Y habrá Juez tan inhumano y bárbaro executór de las leyes, que autorize semejante atentado con el consejo y la fuerza? ¿A este golpe, á esta afrenta estaba yo destinado? ¿Y por quien? Por un hombre desconocido, permitáseme arrostrarselo, entresacado por mis manos de la necesidad, y enriquecido con mi proteccion. ¡Ingrato! ¡hombre vil! Tiembla al insultar, al atropellar á tu semejante, á tu bienhechor, á un inocente. La misma mano, que fulminó sus rayos contra

mí, puede desplomarlos sobre la cabeza de un ingrato, de un bárbaro.

Guillelmo.

¿Acabasteis? ¿Sí? De este modo, si yo fuese un pusilánime, me habriais pagado. ¿Sabeis acaso quantos y quantos de vuestros iguales han pretendido satisfacerme con imprecaciones, en lugar de pesetas? Estoy tan acostumbrado, que apenas lo pronuncian ya lo tengo digerido y olvidado; y así Señor mio quedad en la inteligencia de que insisto en mi pretension.

Marques.

¿Teneis osadía de compararme con....? ¿Acaso he pretendido vivir como otros muchos, con el sudor del pobre, ó del Artesano? Bien sabeis que ni siquiera he admitido regalos, que hacen sospechoso al Ministro de justicia que los recibe, y dán al pretendiente que los hace cierto tácito derecho de exîgir toda suerte de extorsiones. No quiera Dios que con razon ó sin ella haya quien se quexe de mí; yo procuraré pagaros; acordadme algun término, y pasados algunos dias.... os empeño mi fé, mi palabra de honor.... no pierdo la esperanza de.... pero ¿Qué es esto que resplandece en tu pecho hijo mio?

Fe-

Federico.

El retrato del Príncipe, que él mismo colgó de mi cuello.

Marques.

¡Oh Providencia! ¡Quan oportunamente reparas esta afrenta, este afán que ha oprimido mas á mi corazon, que todas mis desventuras! ¿Tendrías repugnancia en dármelo? ¿Cederías esta joya á tu pobre Padre?

Federico.

Aquí la teneis ¡y con que gusto!

Marques.

Toma, hombre insensible, sacia tu crueldad, tu avaricia; y aléxate para siempre de mi presencia.

Guillelmo.

De este modo quedo mas persuadido de vuestros hechos, que ofendido de vuestras palabras.

Marques.

Pero sabe que este exceso de inhumanidad queda notado con indelebles caractéres; y el Cielo que lo está detestando, no te perderá de vista, ni te dexará sin recompensa. Vanagloriate de haber dado la última y mas penetrante herida á un hombre contra quien se ha levantado toda la

tierra, al angustiado corazon de un Padre. Anda, y alegrate de haber usurpado el último despojo de una inocente criatura, expuesta á todas las miserias del mundo y del destino; y si á tanto llega tu barbarie, gózate de mi tormento y de tu vileza.

Guillelmo.

Ap. Canta, canta: Pasó tu tiempo. Tus amenazas se han convertido en chanzas, pues son estériles, y no pueden producir efecto alguno. Llevo conmigo la joya, y dexo aquí muertas y frias tus quexas. *Vas.*

Marques.

Me siento mas aliviado. ¡Querido hijo de mis entrañas! tu me has librado del mas terrible ahogo, y mas peligroso para mi espiritu y constancia. ¿Has oido, Enrique, á que extremo ha llevado el insulto aquel infame?

Enrique.

¡Ah mi amado Señor! No hay mas que volverse pobre, para conocer y experimentar los modales y tratos de los hombres.

Marques.

Despues de tantas congoxas, solo en tus brazos, hijo mio, hallo alivio, resignacion, y valor.

ESCENA IV.

Los precedentes, Luis, y Remí con linterna.

Luis.

Me han asegurado que él está por aquí. *á Remí.*

Remí.

Dexadlo á mi cuidado, y le hallarémos.

Marques.

¿Que luz es aquella, que se nos va acercando? *á Enrique.*

Enrique.

Sin duda otro desalmado semejante al... Vaya, si ya lo dixe que aqui no estabamos (bien.

Remí.

Aquél es, miradle. La suerte nos ha favorecido. *á Luis.*

Marques.

Parece quieren adelantarse, y no se determinan.

Enrique.

Si acaso vienen á insultaros, y á daros nuevas pesadumbres; no respondo de mi, ni sé si podré contenerme.

Luis.

Retiráos hacia allá, y esperadme. *á Remí.*

Remí.

Obedezco.

Luis.

Luis.

Presentándose al Marques. Dadme los (brazos.

Marques.

Señor....

Luis.

Hombre desgraciado, hombre magnánimo, vos sois á quien busco.

Marques.

¡Que extraño elogio! Mientras todos fundan sus complacencias y gloria en acusarme y oprimirme, vos...

Luis.

Vengo á ser testigo de las injusticias de los hombres; vengo á ver el mejor de los ciudadanos, abandonado á la calumnia y al insulto, ¡Quanto mas lo contemplo, mas extrañeza me causa! *á Enrique.* ¿Nos permitiriais hablar un rato en secreto?

Marques.

No desconfieis de él. Es el único amigo que me ha quedado, y daría su vida por mí.

Luis.

¿Imaginais acaso que no teneis otro?

Marques.

Hasta ahora ninguno....

Luis.

No me hagais la injusticia de contarme en-

entre el número de los impíos, que os han oprimido y abandonado. Mi corazon es bastante recto y sensible para compadeceros y consolaros.... y me atrevo á deciros, que aquel que os condena, sin duda es engañado, y amanecerá el dia... pero ocupémonos en lo presente, y dexemos lo venidero en las manos de la Omnipotencia... ¿Quien es este muchacho, que llora, y me aprieta la (mano?

Marques.

Es....

Luis.

¿ Sollozais ?

Marques.

¡Dichosa su madre, que el Cielo me quitó, para que no presenciase tan tristes esce- (nas!

Luis.

Qué, ¿es vuestro hijo? ¡ Desventurado! Tu situacion amansaría y enternecería á las fieras, pero no á los hombres. Tú empiezas desde la niñéz á experimentar los males que acompañan á la vida, pero no desmayes. Ama y obedece á tu digno Padre; y hallarás en sus consejos y virtudes, los bienes que te usurpa la injusticia.

Marques.

¡Que inesperado y delicioso momento!

Vos

Vos Señor derramais en mi corazon el precioso bálsamo de la amistad y compasion. ¿Pero como no temeis?....

Luis.

Es de almas viles el subscribir á la infamia, y dexar de obrar bien por un servil temor, que indica su esclavitud y venalidad á los caprichos del poderoso. Nadie tiene derechos sobre mi corazon : éste me manda consolaros y socorreros. Dexémos á parte inútiles invectivas. Yo no hago mas que imitaros en ser benéfico. Mi casa no es suntuosa, pero tampoco es pobre : sus puertas están abiertas para recibiros, y es suficiente para acoger á un hombre libre de las asechanzas, y del desprecio de un Estado rebelde é ingrato.

Enrique.

Permitid, hombre consolador, que me eche á vuestros pies, y bendiga estos acentos.

Luis.

Conteneos buen hombre. Hablad quedito, y sean sepultadas nuestras razones en el silencio de estas frias sombras. Seguidme.

Marques.

Esperad. Vuestra inimitable piedad, me de-

dexa sumamente obligado, mas no persuadido; y estoy muy lexos de aceptar....

Luis.

¿Que proferiste? ¿Podrian los contratiempos haberos acobardado al extremo de haceros caer en los errores de los hombres vanos y vulgares? ¿Tendriais á vileza aceptar un beneficio? Los hombres honrados y humanos, que no dexan seducirse del amor propio, si son capaces de hacerlo, son igualmente justos y grandes en recibirlo. Yo en nombre de la virtud y del honor os ordeno no lo rehuseis. Creo no me despedireis desconrento y abochornado por vuestra resistencia.

Marques.

¡Buen Dios! ¿Que es lo que me pasa? A la verdad hize mal en condenar á todos los hombres. ¿Quien sois? ¿Quien os ha inspirado tan nobles y humanos sentimientos?

Luis.

Vos me conoceis muy bien..... Pero no nos detengamos, y dignáos seguir mis huellas.

Marques.

En vano os cansais en exîgir mi consen-

sentimiento. El hospedage, el asilo que me ofreceis, os acarrearía todos mis males, la desolacion, y la ira del Duque.

Luis.

Caigan sobre mí, y mi familia. No me amedrentan.... Mas no temais. Tengo una defensa mas poderosa y justa de lo que imaginais: en fin confiáos á mi honor.

Marques.

¡Que violencia tan suave! ¡Que modo de seducir mi espíritu, y aquella fortaleza!....

Luis.

Muevaos el estado de este tierno infante, que os alarga las manos; su inocencia, que lo aprueba, es un aguero favorable; miradle.

Federico.

¡Ah Padre!

Enrique.

Echándose á los pies del Marques, y abrazándose con sus rodillas. Mi querido amo, no empezeis vos tambien á ser cruel.

Marques.

No puedo resistirme mas; la constancia me abandona, y mis resoluciones vacilan. Ya que asi lo quereis.... *Mirando á todos enternecido.*

Luis.

Luis.

Vamos, acabad de una vez de resolveros.

Enrique.

Cesad de tenernos desconsolados.

Marques.

Ya no me conozco.... Me abandono enteramente á las disposiciones del Cielo, y en vuestras manos.

Enrique.

Que Dios os bendiga, amen.

Luis.

Mi regocijo es sin límites... Vamos. Establezcamos entre nosotros la mas tierna y firme union; por primer principio la beneficencia, y desprecio de los infortunios é injusticia de los hombres, que son las plagas que mas aflligen á la tierra. Precioso niño dame un beso. ¡Quan féliz y rico eres, si te queda el tesoro de un tan buen Padre! Yo te llevaré en mis brazos.

Enrique.

Dexad para mí esa carga tan preciosa, y ayudad á mi querido amo, que bastante lo nesecita. *Toma en brazos á Federico.*

Marques.

¡Ah mortal caritativo! El justo Cielo recompense tantas finezas y bondades.

Luis.

Luis.

Querido hermano, abrazadme. *Parten.*

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Retrete del Conde Ripalta. Éste y Doña Flavia su hija.

Ripalta.

Hija mia, cada dia te observo mas inquieta y triste. Tambien tu hermano se ha marchado pensativo y taciturno. ¿Que es esto? ¿que os aflige?

Flavia.

A mí nada.

Ripalta.

Ya no te aconsejas ni confias conmigo con aquella candidez y veracidad, que siempre te fué natural; dias hace que buscaba ocasion para quexarme de tu reserva y silencio. Ven, ven acá; arrímate un poco mas; vamos, querida, ábreme tu corazon, y corresponde á tu Padre, que no desea mas que aliviarte y complacerte, sacándole de la amarga afliccion en que le tienes.

Flavia.

¡Amado Padre! ¿Vos consternado por mi causa?

Ripalta.

Sí, y gravemente. ¿Imaginas acaso que un Padre tan tierno, y tan amante de sus hijos como yo, pueda resistirse á la pena de saber que su querida hija llora continuamente en secreto, de ver que ni en público puede sufocar unos profundos suspiros que se le escapan á su pesar, que se fastidia de todo, que pierde el color, la gracia de las facciones, y lo peor la de la salud? Tiempo hace que te estoy observando con la mayor atencion, aunque me hago del desentendido. He procurado todo lo posible para divertirte, y apartarte de la tristeza que te devora, y he tenido el disgusto de hallar infructuosas todas mis tentativas. Finalmente acudí á la única prueba que me quedaba, y consistia en llamar á tu hermano, creyéndome que su compañía podria distraerte, y restituirte tu antiguo carácter jovial y placentero; pero ya veo que no he acertado en los medios,y que tu mal se aumenta considerablemente de dia en dia, y con él mis inquietudes y disgus- (tos.

Flavia.

¡Ah Padre! Si involuntariamente os he sido causa de pena, perdonad; yo me en-

men-

mendaré, y pondré todo conato en afectar tranquilidad.

Ripalta.

No es esta la respuesta, que me prometia de tu sinceridad. No, no quiero que hagas un esfuerzo para engañarme. Tu ficcion lexos de disculparte, te haría indigna y culpable. Es menester que tu estés realmente contenta y sosegada, para qne yo lo esté. Escucha. Yo sé que tu me amas, y el saberlo me llena de gozo; pero á tu afecto le falta uno de los principales requisitos para llegar á cierto grado de perfeccion.

Flavia.

¿Qual es?

Ripalta.

La confianza é ingenuidad, que excluyen á la dobléz y al servil temor. Dime, ¿eres amiga de tu Padre?

Flavia.

Mas que de mi misma.

Ripalta.

¿Pues como tardas á denunciar el motivo de tu melancolia en el seno de la amistad? ¿De donde nace esa secreta fuerza, que te turba y abruma? Bastará que tu hables, te lo prometo, para que como á

buen

buen amigo no perdone diligencia que pueda conducir á tu alivio... ¿Pero lloras?

Flavia.

¡Ah! Estas lágrimas os atestiguen, que ni la esperanza, único consuelo del desventurado...

Ripalta.

Por Dios, que no te abandones á la cruel desesperacion, que indefectiblemente arrastra consigo las mas funestas conseqüencias. Declárate sin rodeos, ya me hago cargo que en la edad de la inexperiencia, es superior á nuestras fuerzas el imperio y pujanza de las pasiones para poder resistirlas y tenerlas á raya. ¿Por ventura te habrian sorprendido las virtudes ó gracias de algun objeto? No temas que me ofenda de ello, ni te reprehenda: confiando en tu prudencia me lisongeo...

Flavia.

¡Ah! ¿y porque le ví? Cosa de dos meses... Mi corazon flotaba libre y tranquilo; y ahora la angustia, el desconsuelo apenas le permiten palpitar. Mi Tia tiene la culpa, que me conduxo, que me expuso á oír sus encantadores accentos, y á contemplar su dignidad, modestia, dulzura, y todos los atractivos que pueden inclinar al amor.

Ri-

Ripalta.

¿De quien?

Flavia.

Quantas prerogativas, quantas virtudes le adornan, que hasta ahora no he reparado en todos aquellos que han comparecido á mis ojos. En aquel momento no experimenté el trastorno que su vista me ocasionaba, pues me tenia absorta; pero en lo sucesivo eché de ver quan fatal me habia sido. Retiréme á mi pesar, y herída; pero mi fantasía que me lo representaba con la mayor exâctitud y energía, completó el triunfo subyugando enteramente mi razon.

Ripalta.

¿Pero quien es?

Flavia.

El hombre mas grande, el mas benemérito, y el que merecia mi amor, el vuestro y el de todos: mil veces habia oído sus alabanzas en vuestros labios. La noticia de su contratado hymeneo fué para mí un golpe mortal; y la idea de que Amelia era la rival, que iba á poseer el mejor de los mortales, me llenaba de despecho y desolacion.

Ri-

Ripalta.

¡Amelia! Este nombre me acuerda el del infeliz Ministro ¿Acaso es él de quien me hablas?

Flavia.

Él es, él es, amado Padre. ¿Quien, á no ser él, habría sido capáz de triunfar de mi corazon?

Ripalta.

Te confieso que me dexas sorprendido. ¿Quien habia de imaginar?... ¿Tu aspirabas á tanto honor?... Es verdad que soy tan noble como el Marques, pero el esplendor de su elevado empleo...

Flavia.

¡Ah! semejante obstáculo no me habria desanimado: lo que me llenaba de desconsuelo era su empeñada palabra, que ya no le dexaba dueño de sí mismo, ni en estado de compadecerse de mí. Aunque fué ilimitado mi sentimiento, quando supe la repentina y funesta caída del Marques; con todo parecíame que mi corazon respiraba con ménos violencia, alentado por una pasagera y debil esperanza que lisongeaba mi pasion. ¡Con que rubor lo confieso! Esto me induxo al extremo de convertir en

gozo y satisfaccion la pena, que debia causarme el ultrage, recibido por el Ministro de la que le estaba destinada para esposa, que retiró indignamente su palabra, no creyéndose obligada á mantenerla á un vasallo abatido y desdichado. Jamas podré perdonarmelo, amado Padre. Mi sensibilidad me está arrostrando sin cesar tan bárbara complacencia. ¡Yo pude aliviarme con el infortunio de un hombre á quien tanto amaba! ¡Yo, aunque por un instante, osé preferir mi imprudente pasion á su reposo y esplendor! El amor me habia tendido esta red, y arrastrado á este exceso de crueldad. Mas yo la expiaré con el suplicio mas terrible para un amante, que es amar sin esperanza; sí, no cesaré de quererle, ya sea confundido en el todo de la miseria, ya encumbrado en la eminencia de los honores: pero lo mas doloroso para mí es la imposibilidad en que me hallo de socorrerle. ¡Yo que animosa sacrificaría mi vida á su felicidad, me veo sin medios de procurarle el menor alivio; y caso que los tuviera, incurriría en la culpa de rebelde al Soberano! Tal es el estado de vuestra desgraciada hija.

¡Juz-

¡Juzgad ahora si puedo hallar consuelo, y resistir á la amargura de mi destino!

Ripalta.

Amada hija, tu sondeas y mueves mi corazon con el mas tierno é irresistible atractivo. Lo que acabas de confiarme, me asegura de la bondad de tus sentimientos, y prueba la necesidad de amar á un virtuoso compañero. Tu situacion es menos dura y desesperada de lo que te figuras. La desgracia del Marques despierta en mí ciertas ideas, que tu me induces á poner en execucion. Oye lo que me propongo, lo que me sugiere...

ESCENA II.

Dichos y Remí.

Remí.

Señor, señor, yo y vuestro hijo en compañía de otras tres personas, acabamos de llegar; ¡pero qué personas! Es preciso convenir en que tambien nosotros somos buenos, pues andamos con tanto empeño en busca de ellos... Vaya Señor, os aconsejo que os esmereis en agasajar semejantes huespedes, y que mandeis que esta noche sea la cena mas espléndida.

Ripalta.

¿Que significa todo esto, Remí? ¿de donde dimana tu alegría?

Remí.

¡Voto á Baco! Si esta noche me hallase en mi casa, y sucedia lo que en esta, me volvía loco del contento, y vaciaba toda la despensa y bodega: ¡caramba! son personas que se lo merecen, y mucho mas.

Ripalta.

¿Quienes son?

Remí.

¡Oh, quienes son! Preguntadselo á vuestro hijo.

ESCENA III.

Los precedentes y Don Luis.

Ripalta.

¿Que nuevas son las que me traes? Remí ha ponderado...

Luis.

Perdonad querido Padre: esta es la primera vez que, arrastrado de mis sentimientos, he obrado sin consultaros. Dadme la palabra de aprobar quanto he executado, en la seguridad de que no tendreis que arrepentiros ni sonrojaros.

Ri-

Ripalta.

Te la acuerdo. Jamás he desconfiado de tí. ¿Que has hecho?

Luis.

He sorprehendido á mi adversario, y me he vengado.

Ripalta.

¿Que profieres? ¡Hablas de venganza, y exîges mi aprobacion!

Luis.

Si Padre. Cierto hombre, que en otro tiempo me despreció, se halla ahora abismado en el desprecio, y en la mas espantosa situacion; y así aprovechando la favorable coyuntura que deseaba mi resentimiento, le busco, le hallo, y ofreciéndole mi Casa le he obligado á admitirla, en el seguro de que no os disgustaría mi modo de proceder, ántes bien le prodigariais vuestras bondades y proteccion.

Ripalta.

¡Hijo mio, hijo el mejor! recibe mis abrazos y alabanzas. ¡Que lágrimas tan tiernas y consoladoras me obligas á derramar! El que sabe perdonar, posee todas las virtudes.

Luis.

Son las vuestras, Padre.

Ripalta.

¿Quien es este hombre por quien tanto te interesas, y solicitas mis favores?

Luis.

El mas digno, el mas miserable, el Marques de Armance.

Ripalta.

¡Oh Dios! ¿El Ministro?

Flavia.

¡Justo Cielo!

Luis.

El mismo.

Ripalta.

¿Y no temes...?

Luis.

Víle abandonado de todos en los brazos de su terrible infortunio, expuesto á las inclemencias del Cielo, y á los insultos de sus perseguidores. Ví á su lado á su tierno hijo llorando y tiritando de frio, y no ví que les socorriera alguno de los que ántes tenian á gran honor el pisar los umbrales de su casa; solo un fiel criado les acompañaba en su pena y consolaba. ¡Padre, que espectáculo para el hombre sensible!

Ripalta.

Tu me traspasas el corazon... Mas si el Duque irritado, descubriese... ¿quien repararía vuestra desgracia, hijos mios?

Luis.

El Cielo... ¡ Pero qué ! ¿ titubeais ? ¿ Seriais capaz de negaros á las voces de la humanidad ? ¿ Puede compararse la complacencia de aliviar á un hermano oprimido, con el temor é incertitud de una futura desgracia ?

Ripalta.

Y bien, sea de mí y de vosotros lo que disponga la suerte. Veo que la piedad nos hace reos; y aunque parezca que su causa y la humanidad nos autorizan, siempre es delito oponerse á la voluntad y justicia del Soberano. Pero su corazon es bueno, y propenso á perdonar. Me convengo, hijo mio, y me uno contigo para ayudarle, acogerle, y abrazarle.

Luis.

Dirigiéndose á la puerta. Entrad Señor.

ESCENA IV.

Dichos el Marques y Federico.

Luis.

Al Marques. Dignáos conocer otro amigo

go que os aprecia y estima. Este es mi Pa-
Marques. (dre.

Dichoso vos, á quien el Cielo concedió tal hijo.

Ripalta.

Señor, permitid que os estreche entre mis brazos, y que disfrute el placer de acoger á un hombre honrado, y á la virtud en la desgracia. Admitid generoso la mitad de esta casa, que divido con vos, y consagro al mérito y al honor.

Flavia. *aparte.*

¡Oh mi Dios! ¡Que efectos, que agitacion me causa su presencia! Pareceme que el corazon me falta, que el valor me abandona... *Siéntase y se desmaya.*

Marques.

¡Oh virtuosa, é inimitable familia! ¡Oh dignos objetos de las bendiciones del Cielo! ¡Quando todos huyen de mí, y se regozijan de mi caida: quando los que se me habian vendido por mas amigos toman parte contra mi, y procuran agravar la indignacion de mi Soberano: é ingratos y traydores se echan de tropél sobre un infeliz ya oprimido y aterrado: solos vosotros á quienes mis beneficios no llegáron, repre-
hen-

hendeis y sonrojais á los malvados, llenando mi pecho de admiracion y agradecimiento!

Ripalta.

Aun no conoceis á quantos os aman.... ¿Donde está Flavia? ¿Porqué tambien ella no se une...? ¿Mas que tienes hija...?

Luis.

Desmayada está.

Ripalta.

Socorredla sin tardanza... Remí, corred llamad á la Camarera, y luego... *Vase Remí.*

Flavia.

¡Ah! No os afaneis: no es cosa. Un pasagero desfallecimiento, que no creo tenga conseqüencia alguna. Siento que esta indisposicion mia haya interrumpido las demostraciones de júbilo y satisfaccion, que ha causado tan feliz suceso; pero os aseguro que procuraré no suceda otra vez. Con vuestro permiso me retiraré.

Ripalta.

Anímate, querida hija, y sostén mis esperanzas.

Flavia.

No tardaré en volver. ¿Acaso este muchacho es el heredero de vuestos infortunios?

Marques.

Así lo ordena la fortuna.

Flavia.

Él va fixando sucesivamente sobre nosotros sus inocentes miradas, con una ternura y perspicacia que arrebata. Él se manifiesta confuso, y sorprendido por la desgracia, cuyo significado aun no bien comprende. ¿Quereis venir conmigo á divertiros, Señorito?

Federico.

Si es del gusto de mi Padre...

Marques.

Si Federico.

Ripalta.

¿Os gustaría tener una Madre, que os quisiese como ésta, y tuviese de vos el mayor cuidado?

Federico.

Pluguiese á Dios, ya que no he conocido aquella otra...

Flavia.

Vamos amiguito. *Vase Federico, enjugándose los ojos.*

Marques.

¿De que nace su pena y angustia?

Ripalta.

De vuestra presencia.

Marques.

¿Y vendré yo á causar á una familia tan amable la turbacion y el sobresalto?

Ripalta.

De ningun modo. Es la gran sensibilidad de nuestro corazon que no podemos vencer; y si conocieseis los sentimientos del de mi hija, sin duda os moverían á compasion. Pero no es tiempo de descubriros ciertos arcanos, ó tratar de asuntos que nos distraigan del principal objeto que nos ocupa. Procurad solamente animar y dirigir nuestros buenos deseos é ideas, para que procedamos con la prudencia y precaucion que es necesaria, y tanto á todos nos interesa. Prestadme atencion, y ved si aprobais mi proyecto. Por muy secreta que sea vuestra permanencia en mi casa, á la corta ó á la larga vendría á noticia de vuestros enemigos; porque, amigo, vivimos en una época, en la qual el número de los escudriñadores y espías de vidas agenas es casi igual al de los hombres: y así burlemos su curiosidad é investigaciones. Por esta noche ya podeis pasarla aquí, sin la menor sospecha, y mañana ántes que el Sol disipe sus opacas sombras,

bras, saldreis de la Ciudad con una pequeña escolta, y os trasladareis á otro asílo mas impenetrable y seguro. A cierta distancia de aquí poseo una Quinta, que en otro tiempo sirvió de refugio á cierto personage, aun mas grande é infeliz que vos. Mientras mejora vuestra suerte disfrutad sus rentas y posesion, que os cedo enteramente. El tiempo, y vuestra inocencia desarmarán la ira del Príncipe, y la justicia clamará á vuestro favor. No me hagais experimentar, ó el disgusto de vuestra resistencia en admitirla, ó el rubor de vuestras expresiones en agradecerla. Amigo soy franco, enemigo de ceremonias, y de parecer que quando un hombre honrado cumple con las obligaciones debidas á la humanidad, el otro debe aceptar y ca- (llar.

Marques.

¡Que irresistible violencia es esta! ¡Aun exîsten en la tierra hombres tan magnanimos y generosos! ¡Y yo me atreví á dudarlo!

ESCENA V.

Los anteriores, Flavia y Federico.

Federico.

¡Padre mio mirad que joyas!

Mar-

Marques.

¿Quien te las ha dado?

Federico.

Esta buena Señora, que me quiere, y desearía ser mi Madre.

Ripalta.

Ap. ¡Pluguiera al Cielo segundar los presentimientos de este amable niño!

Marques.

Permitidme, Señora, que os manifieste mi admiracion, pues á la verdad joyas de tanto valor...

Flavia.

Me refirió, haciéndome estremecer, el iniquo trato de un desalmado acreedor vuestro, que le usurpó una joya de mucho precio, y se la he querido reemplazar con esta pequeña prueba de mi afecto. Habiale suplicado que no lo dixese: pero su inocencia.... Padre mio, espero no lo llevareis á mal, ni tampoco vos, Señor. Son adornos inútiles, que yo no uso. Viendo que la compasion se exercitaba á competencia entre nosotros, no he querido quedarme atrás; y en favor de esta amable criatura he dispuesto de la única cosa que poseo. Padre, consultandoos va-

rias

rias veces sobre el mas digno empleo de las riquezas; y si éste consistia en alimentar el luxo y la ambicion, ó en socorrer á los desgraciados; jamás habeis dudado á decidiros por éstos; y en este particular nos hemos hallado siempre acordes. La ocasion se ha presentado. Éste es el mas necesitado de los hombres. Mis joyas y quanto me pertenezca es vuestro; disponed de todo á vuestro gusto, y disimulad la libertad que me he tomado.

Marques.

¡Que rasgos tan sublimes y extraordinarios! ¡Quantas virtudes ilustran á esta familia! ¿Quien os las ha inspirado?

Flavia.

La mejor educacion unida á la naturaleza, que es el norte de las almas sensibles. Y aun añadiría... ¿Porque he de avergonzarme, confesándome presa en las redes que tiende á los corazones honrados la virtud y la magnanimidad? Con todo no es solamente esta secreta llama, la que me ha obligado á socorreros; tambien sin este incitativo lo habría practicado... Demasiado he dicho: no castigueis, rehusando este pequeño testimonio, los sentimientos

y el afecto que me animan para con vos.

Marques.

¿Es sueño ó realidad lo que me pasa? ¡Yo amado por esta muger tan bella, é inimitable!

Ripalta.

Hija: no así expongamos su delicadeza. Yo alabo tus procedimientos... Pero...

ESCENA VI.

Dichos y Remí despavorido.

Remí.

¿Señor? Algun traydor nos ha vendido.

Ripalta.

¿Remí, que indican tu turbacion y sobresalto?

Remí.

Sí, sí, ya se ha internado en vuestra casa... Sus guardias ocupan las puertas: él nos sorprende.

Ripalta.

¿Quien?

Remí.

El Duque.

Ripalta.

¡Oh Dios! ¡Perdidos estamos! *Al Marq.*

Por

Por vos tiemblo mas que por nosotros... procurémos ocultarle.. pronto, pronto.

Luis.

No, Padre. Dexad que permanezca aquí, nada escondamos á sus ojos: y pues he hecho el mal, á mi cargo queda el honor de repararlo.

Flavia.

¡Ah hermano!

Ripalta.

¡Ay hijo!

Marques.

¡Oh bienechores mios!

Luis.

Nada temais. Yo solo me empeño á defenderos, y ampararos.

Flavia.

¡Santo Dios, que será de nosotros!

ESCENA VII.

Los precedentes, el Duque, y el Baron con séquito de Soldados. El Duque se adelanta con semblante serio y enojado. Exâmina á los circunstantes, que estarán postrados, é inclinadas las cabezas, expresando la mayor confusion.

Duque.

Aparte al Baron. Amigo, si reparas que

zozobre mi firmeza, ó me descubra la ternura, acude á fortalecerme.

Onorio.

Tambien mi corazon es sensible, y solo el honor puede sostenerme.

Duque.

Dirigiendo la palabra á Luis. ¿Quien sois?

Luis.

Luis, Conde de Ripalta.

Duque.

¿Y este anciano?

Luis.

Mi Padre... Sabed Señor, que él no es culpable, solo yo...

Duque.

Severo. Basta. Yo os he preguntado quien era, sin hablaros de sus culpas. *Observando á Ripalta, dice al oído al Baron.* La fisonomía de este viejo me ha sorprendido: es müy análoga á la de aquel Dolbano... Los semblantes de los hombres benéficos son parecidos entre si. *ayrado.* Hé querido ver por mis propios ojos, y ser testigo de la deslealtad de una familia, y de la criminal audacia de unos vasallos rebeldes.

 Luis.

Luis.

Empezad, Señor, por castigarnos, y no nos abochorneis, tratándonos de infieles y traidores. Quantos aquí veis nos preciamos de ser vuestros mas leales y rendidos vasallos, y estamos prontos á sacrificar nuestra vida por vos.

Duque.

La vida sí; pero no la voluntad, la obediencia; que cuesta mucho menos. ¿Ignorabais acaso mis ordenes y la sentencia fulminada contra el objeto de mi enojo?

Todos se estremecen.

Luis.

A la verdad que no: pero confiando en la clemencia de un Padre tierno y amoroso, como siempre os hemos conocido...

Duque.

Yo no exîjo de mis súbditos el que interpreten mi corazon, sino que me obedezcan. A ellos no les toca exâminar mis decretos y justicia, sino adherirse á ella y respetarla sumisos. ¿Pues como habiendo yo ordenado que nadie dé asilo al Ministro, y que todos se unan conmigo para despreciarle y reducirle á la mayor miseria, solo vos atrevido y temerario?... Juzgad

de

de vuestro crimen, y ved si mereceis toda mi ira, y el mas severo castigo.

Luis.

El respeto embarga mis acentos; dispensadme el favor de poder responderos, y daros mis descargos.

Duque.

Es el único que puedo acordaros. *Hace seña para que todos se levanten.*

Luis.

Siendo así, no necesito de otro. Ya supongo que no habèis sido engañado, y que con toda maduréz y deliberacion habeis decretado la ruina de un hombre, que en otro tiempo distinguiais con vuestra amistad y confianza. Supóngole tambien merecedor de vuestro odio y castigo; ni me tomo el menor empeño en defenderle, y disminuir sus faltas: pero le considero como á un hombre, á quien por un rasgo de vuestra clemencia habeis perdonado la vida.

Duque.

¿Y esto os abona?

Luis.

Vos sois su Juez y legítimo Señor. Vuestra autoridad podia oprimirle y angustiarle ha-

haciéndole todos los males posibles. Esto en vos, en cuya mano está depositada la justicia, léxos de ser inhumanidad, ni rigor, es virtud. Es necesario al bien comun, para contener los crímenes y servir de exemplar á la Nacion. Pero estoy casi convencido que en vuestro particular, y en lo íntimo de vuestro corazon, no habriais aprobado, y quizás nos habriais detestado, si como á ansiosos ministros de vuestras venganzas, nos hubiesemos mancomunado para acabar con un infeliz hermano.

Duque.

¿Y porque?

Luis.

Porque sois humano Señor; porque á pesar de la Justicia que os obliga á castigar, vuestra sensibilidad está siempre dispuesta á acoger en su seno al desgraciado, en el seguro de que la misma justicia que lo repara, lo disimula, sin ofenderse de ello. ¿Si vos piadoso y grande le concedisteis la vida, como sufririais que vuestros vasallos desnaturalizados y crueles formasen una iníqua liga para frustrar vuestras intenciones, y destruir

truir el único beneficio que mereció de vuestra bondad? Juzgadnos como hombre sensible, ya que varias veces os hemos admirado como hermano, y padre, abrazando á los infelices. En fin si teneis á culpa el que os hayamos imitado, esperamos resignados vuestras soberanas resoluciones.

Duque.

Con transporte á Don Onorio. Cata aquí el hombre que ha sabido interpretar mi corazon. Al fin he dado con él. *A Don Luis.* Confiado en mi bondad habeis abusado de ella, y atrevido y orgulloso disputais con vuestro Soberano. Yo no os he dado á escoger, entre el ser humanos, ó justos, solamente os he mandado obedecerme. Vuestra obligacion no os permite vacilar un momento; sí, os manda respetar los arcanos de vuestro Príncipe, á quien habeis jurado obediencia.

Marques.

Adelantándose hácia el Duque. ¡Ah Señor! Cortad el funesto hilo de mi exîstencia, ántes que por mi causa una familia...

Duque.

¿Quien os ha dado licencia para abrir los

la-

labios? Apartaos, y callad. *ap.* ¿Como puedo resistirme á la secreta fuerza que me impele á abrazarle?

Marques.

¡A cada instante se aumenta la amargura y rigor de mi desastrada suerte! *El Duque va hácia la puerta.*

Luis.

No nos abandoneis tan presto; y ántes de pronunciar contra nosotros la sentencia, que nos unirá á ese desgraciado; tened la condescendencia de prolongar la gracia de (oirme.

Duque.

Vuelve. ¿Y bien?

Luis.

Vos habeis dicho, que no hay medio para el buen vasallo entre el ser humano, y el juramento de obediencia. Permitidme, Señor, que os haga mencion de un hecho, que aunque sucedió en mis primeros años, con todo quedó impreso en mi corazon, y he querido imitarle. No habreis olvidado que quando el Duque de Borgoña, animado por el feliz suceso de sus armas, y de un odio inextinguible contra vos, y él Conde de Flandes, inundó con su exército victorioso vuestros estados, poniendo á precio

vues-

vuestra vida; abandonado, errante y fugitivo os visteis en la dura precision de esconderos en los mas fragosos bosques, ó en asilos incómodos y nada seguros. Nuestros padres ó de grado, ó por fuerza juráron fidelidad y obediencia al conquistador, y subscribieron al odio de su nuevo Soberano. Todos entonces temblaban á la idea de vuestro acceso: no obstante en uno de vuestros fieles vasallos pudo mas la humanidad, que la obediencia, é informándose de vuestro paradero, os obligó á admitir su casa; en la que disfrutasteis de la posible tranquilidad, y os sirvió de asilo, hasta que disipado el terrible huracan que habia desgajado el árbol de vuestra grandeza, y restituidas las cosas en su antiguo órden, recobrasteis el mando y posesion de vuestro Ducado. Informado despues el Duque enemigo de tan heróica accion, prodigó las mayores alabanzas á aquel buen ciudadano, que en aquella sazon habitaba una casa de campo léxos de la Corte. ¿Podriais acaso desaprobar tan recomendable accion?

Duque.

¿Que memorias renovais, y á que?....

Luis.

Luis.

Confesadlo, Señor. El presente suceso no discrepa ni un ápice de aquél... Ya que es tanta vuestra condescendencia, no lleveis á mal el que me tome la libertad de haceros otra pregunta. ¿Habeis por ventura premiado á ese buen vasallo tan sensible y benéfico?

Duque.

¡Oxalá no fuese desconocida su morada á los anhelos de mi gratitud!... ¿Pero en donde hallarle? ¿Quien sabe si ya la severa Átropos habrá cortado el precioso hilo...?

Luis.

¡Ah Señor! Vedle á vuestros pies; aquí le teneis. Reconpensadle, *indicándole á su Padre, vuelven todos á ponerse de rodillas.*

Duque.

¡Éste! ¿Como, vuestro Padre?... Pero aquel se llamaba Dolbano.

Ripalta.

Entonces es verdad, pero al presente Ripalta, cuyo nombre y posesioses á el anexas heredé de un pariente.

Duque.

¡Amigo y bienhechor mio! ¡Ah! El corazon ya me habia advertido de que vos erais...

erais... ¿Que puedo en cambio hacer por vos? Pedid. Hablad.

Ripalta.

El indulto del Marques.

Luis.

Perdonadle Señor.

Flavia.

Y pues experimentasteis quan terrible es su estado, compadecedle.

Duque.

¡Oh mi Dios! ¡Que admiracion, que virtudes, que magnanimidad! Sin duda éste es el mas delicioso momento de mi vida. *al Marques.* ¿Y vos nada me decís?

Marques.

Aterrado y confundido por vuestro enojo...

Duque.

Enternecido. ¿Por mi enojo?

Luis.

¡Ah, sí, él se enternece! Compasivas lágrimas destilan de sus ojos. ¡Ah no perdamos tan feliz coyuntura!

Ripalta.

El perdon, Señor.

Luis. }
Flaviá. } ... Concededselo.

Duque.

Ap. ¡No puedo mas!

Marques.

Hijo mio, bésale la mano, y pídele que nos restituya el honor.

Duque.

¡El honor! ¿Y quien es capaz de quitartelo, si tu mismo no lo has desechado?

Luis.

Nadie.

Ripalta.

¡Quan justo es nuestro Soberano! Nadie es cierto.

Duque.

Mañana os revelaré mis ideas y deliberaciones. Benéfica familia, prométetelo todo de un Soberano que no quiere cederte la mayoría en generosidad.

ACTO QUARTO.

ESCENA PRIMERA.

Sala de Audiencia en el Palacio Ducal.
Guillelmo solo.

Si yo fuese un pusilánime preocupado y escrupuloso, perdía mis seiscientos escudos.

dos. Se dá por cierto, que esta noche ha desaparecido el Marques. Hizo muy bien, antes que se enredára mas la cosa, y le fuese peor. Si salgo bien con la mia.... no es dificil, y nada pierdo en tantearlo. Presentando al Duque el documento de la deuda, que tengo firmado por el Procurador del Marques, inserto á un memorial; puedo prometerme... A mas de que sus bienes están ya reducidos á mil fragmentos. Así como así otros, que tendrán en ellos tanto derecho como yo, los disfrutarán: ¿pues porque no he de aprovechar esta ocasion? Espero que el Duque, engañado por la legalidad del documento, me mandará pagar. ¡Con que impaciencia aguardo que me dé audiencia! Pero si por un caso rodado de aquellos, de quien lo habia de decir, se apeáse que he cobrado dos veces... ¿Y porque camino?... El concienzudo, y el temeroso que no se expone, no medra. Afuera inportunos reparos.. ¿Que siempre que intento una de éstas, hayan de venir á incomodarme; á pesar de que siempre he salido bien? En todo caso diria, que la joya la guardo en caucion de un hombre sospechoso, y de ma-

la fé..... Para acumular riquezas conviene ser descarado, nada indulgente, y ménos escrupuloso. ¡ Quanto me ha valido mi excelente modo de pensar ! Me parece que ya cuento las pesetas, ¡ y con que gusto! pues no me cuestan que un si es, no es de sobresalto. *Mirando los adornos de la sala, va retirándose hácia lo interior.*

ESCENA II.

Alberico y Amelia.

Alberico.

¡ Quan de mañana os preseutais á la Corte! ¿Que significa tanta puntualidad?

Amelia.

La mayor curiosidad, que nunca experimenté. ¿ Sabeis la interesante noticia que se ha esparcido, y muy valida, sobre el acontecimiento de á noche?

Alberico.

Sin duda la misma que mi ayuda de cámara me ha innovado, á saber que el Duque habia sorprendido...

Amelia.

Al Marques, hospedado en casa del Conde Ripalta, á pesar de los decretos y prohibiciones expedidas.

Al-

Alberico.

Y se dá por tan cierto, como que el mismo Chambelan, que lo presenció todo, lo ha confirmado.

Amelia.

Os protesto que jamás habría creido que exîstiesen gentes tan insensatas, y tan mal avenidas con su bien estar y pellejo.

Alberico.

Es preciso concluir que el tal Ripalta es loco de atar, pues ha querido oponerse, y competir con nuestro Duques.

Amelia.

¿Y quien es ese Ripalta?

Alberico.

Un viejo, que nunca habia salido de un Castillo suyo, bastante léxos de aquí, y que de poco tiempo acá ha venido á habitar en la Ciudad; aquél que su hijo en la Corte de Dijon obtenia el empleo...

Amelia.

¿Que en ésta el Marques le había negado? Sí, sí, ya caygo.

Alberico.

Pues, el mismo.

Amelia.

¿Como es posible que acordándose de aquello?...

hombre honrado é incorruptible, me dirija con sus consejos, advierta mis errores, si repata que alguno he cometido; ó quando no, tempére mi carácter adusto y justiciero. Desde ayer experimento en mi interior un tumulto de encontrados afectos; y me hallo en el punto crítico de fallar el castigo de un vasallo rebelde, y no quisiera incurrir en la nota de tirano. A vos os toca aplacarme, ó confirmarme en mis resolucio-(nes.

Alberico.

Ap. ¡Que nuevo formulario es este! ¿Acaso el Duque se ha transformado en un pusilánime?

Duque.

Si juzgais que pueda haber algun camino á la clemencia, algun mérito ó defensa ignorada, que pueda servir de escudo á las faltas del Marques, descubridla sin tardanza. Hable por vos la compasion, y el deseo de salvar á un desdichado. A todos he dicho lo propio; y os doy palabra de que en todas ocasiones anhelo atestiguaros, que quiero ser piadoso y justo, y no un déspota inhumano.

Alberico.

Ap. Esta peroracion no me agrada. In-

felices de nosotros, si despues de todo quanto hemos dicho y hecho, caía el Duque en la miseria de restablecer al Marques en su gracia.

Duque.

¿Que dudais? ¿Como no os resolveis? Ya veo que solo os inspiro temor, y no confianza: dexad, os suplico, todo respeto, y dadme pruebas de vuestra amistad.

Alberico.

No presumais, Señor, que mi incertitud sea originada de desconfianza; si solo de un irresistible movimiento de compasion, que siempre me habla á favor de los infelices. Pero esta misma piedad que es laudable en un vasallo, es á menudo delito en un Juez, en un Soberano. Si mi sangre fuese capaz de purificar y borrar las manchas contraídas por el rebelde, la derramaría gustosamente: pero la justicia no puede quedar satisfecha, que con el castigo impuesto al transgresor de las leyes. Dios perdone á los malvados, pero vos no podeis sin faltar á la justicia, y ofender vuestro esplendor soberano. Yo compadezco la suerte de un hombre que pudiendo serviros de descanso, y cooperar á vuestra

felicidad, solo empleó su acreditado talento en trastornar las leyes, y arruinar el Estado. Quanto al principio admiré en él de magnanimo y sabio, advertí en lo sucesivo, que todas sus acciones eran ambiguas y sospechosas; que tanto la que á primera vista parecía buena, como la que desde luego se descubria mala, contenian en sí las semillas de una traicion, y escondian ingeniosamente las perniciosas miras que os habrian sido tan funestas, sino hubiesen dado el estallido ántes de consumarse. Yo os hablo á mi pesar, con el corazon lleno de amargura; pero vos deseais hallar la verdad: Aquí la teneis desnuda, y sin rodeos. El Cielo sea juez entre nosotros, y el hombre cuya pérdida tanto disgusto nos ha causado.

Duque.

Ap. ¡Quan pérfido, y peligroso es el impostor! Apenas alcanzo á contenerme. *Guillelmo se adelanta, y entrega el memorial al Duque.*

Duque.

¿Quien sois?

Guillelmo.

Vuestro mas indigno y humilde esclavo, el Fabricante Guillelmo. *Du-*

Duque.

Despues de haber empezado á leer el memorial, le echa una ojeada de desprecio, vuelve á leer, y á mirarle con enojo, el que procura contener. ¿Con que vos sois acreedor del Marques? *ap.* ¡Malvado! Despues de quanto Armance hizo por él, añade al olvido é ingratitud tan detestables procedimientos.

Guillelmo.

Ap. Pareceme que me ha mirado con sobrecejo. No hay que hacer, el pedir dinero hace poner á todos de mala cara, y perder las amistades. Señor, si por un efecto de vuestra generosidad...

Duque.

Ap. airado. ¡Como me contengo!... pero es preciso contemporizar. Quedareis satisfecho dentro pocos momentos: aguardaos.

Guillelmo.

Hace una reverencia, y se retira como ántes. Mis pruebas han salido á medida del deseo.

Duque.

A Alberico. ¿Vos creeis que todas las acciones del Ministro iban revestidas de las mas auténticas señales de rebelion, y eran

felicidad, solo empleó su acreditado talento en trastornar las leyes, y arruinar el Estado. Quanto al principio admiré en él de magnanimo y sabio, advertí en lo sucesivo, que todas sus acciones eran ambiguas y sospechosas; que tanto la que á primera vista parecía buena, como la que desde luego se descubria mala, contenian en sí las semillas de una traicion, y escondian ingeniosamente las perniciosas miras que os habrian sido tan funestas, sino hubiesen dado el estallido ántes de consumarse. Yo os hablo á mi pesar, con el corazon lleno de amargura; pero vos deseais hallar la verdad: Aquí la teneis desnuda, y sin rodeos. El Cielo sea juez entre nosotros, y el hombre cuya pérdida tanto disgusto nos ha causado.

Duque.

Ap. ¡Quan pérfido, y peligroso es el impostor! Apenas alcanzo á contenerme. *Guillelmo se adelanta, y entrega el memorial al Duque.*

Duque.

¿Quien sois?

Guillelmo.

Vuestro mas indigno y humilde esclavo, el Fabricante Guillelmo. *Du-*

Duque.

Despues de haber empezado á leer el memorial, le echa una ojeada de desprecio, vuelve á leer, y á mirarle con enojo, el que procura contener. ¿Con que vos sois acreedor del Marques? *ap.* ¡Malvado! Despues de quanto Armance hizo por él, añade al olvido é ingratitud tan detestables procedimientos.

Guillelmo.

Ap. Pareceme que me ha mirado con sobrecejo. No hay que hacer, el pedir dinero hace poner á todos de mala cara, y perder las amistades. Señor, si por un efecto de vuestra generosidad...

Duque.

Ap. airado. ¡Como me contengo!... pero es preciso contemporizar. Quedareis satisfefecho dentro pocos momentos: aguardaos.

Guillelmo.

Hace una reverencia, y se retira como ántes. Mis pruebas han salido á medida del deseo.

Duque.

A Alberico. ¿Vos creeis que todas las acciones del Ministro iban revestidas de las mas auténticas señales de rebelion, y eran

totalmente desventajosas y contrarias al bien del Estado? *A Doña Amelia.* ¡Que tengais que oir esto Amelia! Con quantas heridas he clavado de nuevo vuestro corazon, aunque á mi pesar; pues juzgo lo mucho que habreis sentido la desgracia de un hombre, con quien estaba contratado vuestro hymeneo.

Amelia.

Esto seria, si yo pudiese amar vulgarmente, y envilecerme á compadecer un traidor. Así como el Marques se rebeló contra su Príncipe, faltaria yo á la fidelidad, y á mi propio honor, si cometiese la debilidad de no olvidar y despreciar á un ingrato.

Duque.

Resentido. Malditos sean los ingratos, á todos los detesto y juro castigarlos. *Calmandose.* Mi esposa que os aprecia mucho, peroró largo tiempo á favor vuestro. Con todo si os es tan sensible la pérdida de ese amante, no desespereis aun; confiad en mi clemencia, y puede que volviéndole un dia los bienes confiscados y...

Amelia.

¿El Ministerio?

Duque.

Eso no.

Ame-

Amelia.

Pues no estaría decente á una primera Camarera de honor de la Duquesa vuestra esposa casarse con un hombre retirado ignominiosamente...

Duque.

Siendo así, no hablemos mas sobre el particular. Ahora que me ocurre: he oido celebrar á todos un famoso Soneto. Solo yo no he tenido el gusto de leerlo.

Alberico.

Es un ensayo Señor, y no merece...

Duque.

¿Acaso lo teneis en el bolsillo?

Alberico.

Si Señor.

Duque.

¿A ver?

Alberico.

Son pocos versos y malos, hechos de paso y sin concierto.

Duque.

Habiendolos leido. ¡Excelentes!

Alberico.

Su único mérito consiste en que os hayais dignado leerlos.

Duque.

¡Bueno á fe mia! Y sobre todo los dos últimos versos me persuaden.

„Que del ingrato el remontado vuelo
„Con mas facilidad se abate al suelo.

Deseo que vos y todos los demás queden persuadidos de ello. Y pues estoy plenamente convencido, de que todas las acciones del Marques fueron dañosas y fatales el Estado, no tendré el menor escrúpulo en perseguirle y destruir hasta su memoria.

ESCENA IV.

Los mismos y Onorio acompañado por un Oficial.

Duque.

¡Quan á tiempo venis! Entretanto participareis mi voluntad á estos Señores. Cumplid sin reparos ni atenciones la entendida comision. Tengo ya su propio consentimiento, y cumplo sin que tenga que arrepentirme, lo que sus prudentes y sabios consejos me han dictado. *Vase.*

Alberico.

Ap. ¡Que significado encierra tal enigma!

Guillelmo.

Ap. ¡No se porque me he sobresaltado!

Ame-

Amelia.

Ap. No comprendo tales expresiones, y no me gusta mucho el modo con que se ha marchado.

Onorio.

Saca un papel lo repasa, y acercándose á D. Alberico le pregunta. ¿Quien sois?

Alberico.

¡Bella pregunta! Creo que somos algo conocidos.

Onorio.

¿Quien sois? repito.

Alberico.

No lo comprendo.... si es preciso. Alberico.

Onorio.

¿Chambelan y Secretario del Duque?

Alberico.

El mismo. Vaya que es buena.

Onorio.

Ese cordon, os renta dos mil escudos.

Alberico.

Es muy cierto. ¿Y que tenemos con esto?

Onorio.

Volvedmelo.

Alberico.

¿Como se entiende?

Ono-

Onorio.

Venga digo.

Alberico.

Aquí lo teneis.

Onorio.

Esa llave...

Alberico.

Esto parará en inventario.

Onorio.

Os vale mil, dadmela.

Alberico.

¿Pero que diablos quereis? Estoy atónito. Tomad.

Onorio.

Esotra insignia entregadme.

Alberico.

Malo va el negocio. ¡Ay de mí! ¿En que vendra á parar?

Onorio.

¿Quien os confirió tales insignias?

Alberico.

El Principe.

Onorio.

Os equivocais. *Lee.* La primera la conseguisteis á 3 de Enero, tres años hace; la segunda pasados seis meses, y en fin todas os las procuró el Marques. Siendo así estas dádi-

vas

vas fueron de parte del Marques.

Alberico.

¿Y bien?

Onorio.

El Duque os las quita.

Alberico.

¿Porque?

Onorio.

Porque el Marques no hizo nada bueno, y le engañó en la provision de empleos.

Alberico.

¡Ay de mi, estoy perdido!

Onorio.

A Doña Amelia. Señora, no compareceréis mas en la Corte. La pension que disfrutabais se ha conferido á otra. ¿Donde está el Fabricante Guillelmo?

Guillelmo.

Ap. Ahora si que le temo. ¡Pobrecito de mí!

Onorio.

Por la misma razon vuestro privilegio de hoy en adelante queda nulo.

Guillelmo.

Ap. Buena la hemos hecho. ¿Si acabará aqui la ceremonia?

Onorio.

A Don Alberico. Vuestro empleo está vacante, y vos libre de emplear vuestras sátiras en otros lugares.

Alberico.

¡Por piedad!...

Onorio.

Vos os consolareis facilmente. Al verdadero mérito no le faltan distinciones y honrosos empleos. El Rey de Inglaterra, el Duque de Babiera y de Borgoña os alargarán los brazos á competencia para desquitaros de esta afrenta.

Alberico.

¡Estoy fuera de mi!

Amelia.

¿Que modo es este?

Onorio.

No entro ni salgo en ello. Apelad al Duque.

ESCENA V.

Los precedentes, el Conde Ripalta, Don Luis y Doña Flavia.

Onorio.

Adelante Señores. Vosotros sois reos de desobediencia al Príncipe, dando acogida á un rebelde. Leed esta sentencia, en vengan-

ganza de la ofensa que habeis cometido contra el Duque. *Dá una orden al Conde Ripalta.*

Ripalta.

Lee. Sean confiscados los bienes del Conde Ripalta;y la desgracia del Marques, protegido por él, recaiga sobre sí, y sus hijos.

Flavia.

¡Buen Dios! ¿y es posible?...

Onorio.

Leed esotra.

Ripalta.

Lee. La clemencia del Príncipe perdona al Conde Ripalta, y á sus hijos, por ser gente humana y sensible, restituyéndoles todos sus bienes y honores.

Luis.

¡Quanta bondad!

Onorio.

El Duque vuelve.Conde dadle las gracias.

Alberico.

Ap. Yo tiemblo.

Guillelmo.

Ap. Un frio sudor baña todos mis miembros.

Amelia.

Ap. Aquí fué ello.

ESCENA VI.

Los mismos y el Duque.

Onorio.

Al Duque. Señor, Alberico os vuel todos sus cargos y honores.

Duque.

¿Como?

Onorio.

Leed su nombre en esta nota.

Duque.

¿Tambien vos sois comprendido en el n mero de los favorecidos del Marques?

Alberico.

Yo no tengo beneficio alguno, que r ea vuestro.

Duque.

Ya sabeis que hasta ahora he vivido cie go y preocupado. Descansaba enteramen en las disposiciones del Ministro, y ap nas advertí que él os juzgaba acreedor mis favores, me desagradó sobremanera s eleccion, en la que y en vuestra d mision no tengo parte ni culpa. La ley universal, dictada por el público resent miento. ¿Que decis de tal azár Amelia?

Amelia.

Es algo simpático con el mio. A pesa de

de que no tengo que reprocharme falta alguna en vuestro servicio, pierdo en un momento el grado y la pension.

Duque.

¿Tambien vos? *ironico.* Pero éste es un pequeño contratiempo comparado con el de un Ministro que amabais con tanto extremo. Yo no preveí que su desgracia pudiese arrastrar la vuestra. ¿Porque no me lo advertisteis? Yo habría deseado hallarle inocente... ¿Porque no intercediais por él?

Alberico.

Señor, vuestro inflexîble caracter y justicia aprisionó nuestra voluntad, y nos impidió practicarlo.

Duque.

¿Y nada os prometiais de mi clemencia, y del mérito de una accion gloriosa? Hace pocos instantes que os pregunté por el Marques, dandoos campo y lugar de hablar en su favor. Si tan exêcrable os parecia su delito que no osaseis defenderle, ¿os induxe acaso, os impuse el precepto de acusarle, de agravar sus delitos, y de complaceros en su abatimiento, como si para vosotros fuera un triunfo? ¿He mandado acaso á sus hechuras, á sus favorecidos

dos que se declarasen sus mas encarniza-dos enemigos?

Alberico.

Señor, nuestras primeras atenciones deberes siempre las hemos dedicado y sacrificado á vos: y en esto lo hemos acreditado tomando parte en vuestra just aversion contra un rebelde.

Duque.

¿Y vos estais evidentemente convencid de que lo es?

Aiberico.

Vos lo habeis dicho, y vuestra afirma cion desvanece toda duda.

Duque.

Enojado. Así se produce el adulador el ingrato. El Príncipe como todos los demas hombres puede engañarse y ser engañado. El buen Soberano desea ser contradecído é iluminado. Solamente los infames aduladores son capaces de apoyar y fomentar el error, ridiculizando y haciendo odioso al supremo Juez de la nacion; y solo los ingratos pueden aborrecer á su bienhechor, levantarse contra él, y perseguirle á la sombra de sus propios favores. *Al Conde, y sus hijos.* Ved

aquí

aquí una honrada familia que os confunde y abisma en vuestra vileza. Acercaos amigos mios. Vosotros sois los únicos que me habeis juzgado tal qual soy. Solo el hombre sensible puede interpretar los sentimientos del buen Príncipe. Vosotros no me habeis hecho la injusticia de creerme un fiero déspota, y un tirano. Habeis divisado la clemencia al lado de la justicia, y habeis confiado en aquella que hace las delicias del hombre humano, del Padre tierno, y de un digno Soberano. Recibid de mis manos en testimonio de mi gratitud, por interina recompensa, estas insignias profanadas por un ingrato. *Al Conde el cordon, y la llave á D. Luis.* Abrazadme. Y vosotros pérfidos, contaminados con la mas negra ingratitud, y envilecidos con tan feos procedimientos, temblad, en tanto que me vengo del despecho que me habeis ocasionado. Vosotros opinasteis que habia llegado el momento en que impumente podiais destruir hasta la memoria del Héroe, cuyas vistudes estimulaban vuestra envidia, y cuyo esplendor resaltaba mas y mas á vista de vueestra falta de méritos, ruin condicon,

y

y ninguna hombria de bien. Pero os engañasteis. Este hombre inimitable es inocente, mi colera fingida, y su desgracia el mas brillante triunfo. El implacable Conde de Flandes, enemigo suyo y mio... (Este es el arcano malvados) á su pesar firmaba las paces conmigo, pero exîgia justicia, ó mejor venganza contra el autor de ellas, por supuestas injurias que estaba muy lexos de poder justificar. Así daba él un falso colorido al odio secreto que le animaba contra Armance; y si mi politica no lo hubiese prevenido, quizás al presente el puñal de un asesino habria inmolado la inocente víctima, y me habria privado de un fiel amigo, y de un tierno Padre. He tenido bastante presencia de espíritu para dexarle ignorar su suerte, y que era supuesto mi enojo; porque su noble pundonor se habria resentido de mi política, y llevado á mal mi ficcion, aunque indispensable al bien estar suyo, y mio. ¡Quanto me felicito por el favorable exîto de mis tentativas! pues he logrado que el mismo Embaxador, ufano de poder dar á su Príncipe la noticia de una tan cabal y pública satisfaccion, ha interce-

cedido por el Marques, recomendandole á mi clemencia. Si le oprimí y llené de aflicciones, fué para conservarle. Vedle, que viene á confundiros. Alzad esos indignos ojos para que los deslumbre su brillante resplandor.

ESCENA VII.

Los anteriores, y el Marques, de gala.

Guillelmo.

¡Oh Dios!

Alberico.

¡Golpe fatal!

Amelia.

¡Quien lo hubiese sabido!

Duque.

Saliendo al encuentro del Marques. Hombre incomparable y magnánimo, vasallo el mas amante y fiel, que has sabido resignarte á las disposiciones de tu Príncipe, sufrir su rigor sin quexarte, y mostrarte superior á los insultos y crueldades de una nacion ingrata, recibe el galardon de tanta virtud y fortaleza. Yo te promuevo al grado de Capitan General y Lugar-

teniente civil de mis Estados, y pongo mi soberano poder baxo la direccion y auspicios de tu sabiduría. *Se quita la insignia y se la pone.* Te hago partícipe de mi propia dignidad, y confirmo contigo una perpetua alianza, para confusion de de los pérfidos que tan descaradamente te han perseguido y ultrajado.

Marques.

Atónito y obligado por tantas mercedes permitid que á vuestros pies...

Duque.

Abrázame, y en adelante dame solo el nombre de amigo. *Al Conde Ripalta.* ¿Habeis participado á vuestra amable hija mis disposiciones, y la fortuna que le tengo preparada por haberse hecho tan digna de ella?

Ripalta.

Aun no, pero quando sea de vuestro agrado...

Duque.

Al Marques. Ella os ama, Marques. Tendreis la complacencia de aceptar de mi mano una esposa digna de vos.

Amelia.

¡Que oigo! Mis esperanzas fenecieron.

Du-

Duque.

Flavia ha sabido amaros constante, tanto en la elevacion, como en el abatimiento, y os ha socorrido generosa; quando otra que tenia mas estrecha obligacion de hacerlo, os ha despreciado, y abandonado. Vivid con ella en perpetua felicidad.

Marques.

Conozco sus gracias y virtudes, emplearé toda mi vida en adorarlas y respetarlas.

Flavia.

¡Ah Señor! ¡Ah Marques! ¡Como expresaré mi reconocimiento, y el exceso de alegria que embarga mis acentos!

Amelia.

Ap. ¡Que yo misma tenga que presenciarlo! Me falta la resistencia para un golpe tan humillante y terrible.

Duque.

Al Marques. Empieza desde lo encumbrado de tu autoridad por un acto de tu incorruptible justicia á pagar á tu acreedor. *Señalando á Guillelmo.* Este es su memorial.

Guillelma.

¡Ay de mí! ¡La vergüenza me confunde! Mucho descaro es preciso para no caerse muerto.

Marques.

¡Malvado! ¡A tanto extremo habeis llevado la perfidia! Despues del iniquo procedimiento con que anoche me atropellasteis, despues del cruel trato que me disteis, ¿aun os atreveis desalmado...? Plegue á Dios que jamás caiga en la debilidad de vengarme. Andad, llevad lexos de aquí vuestros remordimientos si sois capaz de experimentarlòs; yo os perdono.

Duque.

No, éste es el único dia en que me reservo todo el derecho de mandar y castigar. Este hombre me parece malo por eleccion y profesion. Exâminese su conducta, y sea rigurosamente castigado.

Guillelmo.

Ya no hay que esperar. Mis bienes los doy por perdidos, y por mi vida doy pocos quartos.

Duque.

Al Marques. En fin ya has visto y experimentado que el hombre honrado y be-

benéfico no es amado. Felices nosotros que por medio de una ficcion, que solo se dirigia á salvarte, nos hemos desengañado, convencido de esta verdad, y conocido nuestros verdaderos amigos: mira quan reducido es su número. *Señalando á Ripalta y sus hijos.* Pero con todo es suficiente para consolarnos. Huyan de nuestra presencia los ingratos, con sola la desoladora compañia de su inseparable deshonor, remordimientos, y rabia; y únase á nosotros con el mas estrecho vínculo esta noble familia, dividiendo con ella, animados por la ilimitada confianza y ternura que nos ha inspirado, las satisfacciones y disgustos de la vida.

FIN.

CORRECCIONES.

Pág.	*lín.*	*dice.*	*léase.*
8.	últ.	bien-chechor	bienhechor
		Corrijase ignalmente en las páginas 21, 22, y 23.	
13.	10.	descubierto, le hace	decubierto le hace
id.	15.	Ved aí	Ved ahí
14.	12.	aora	ahora.
16.	últ.	Quien le	Quien lo
18.	26.	de estas materias,	en estas materias,
19.	7.	y fingidos.	y fingidos!
20.	8.	Invierno	inverno
id.	12.	nos os	no os
24.	13.	habeis	habiais
39.	17. 18.	de depreveerlo	de preveerlo
46.	22.	*despues de* explicáos.	*falta* Aparte.
56.	16.	hombre libre &c.	hombre de bien. Venid, y en ella estareis libre &c.
57.	14.	desconrento	descontento
59.	últ.	aflligen	afligen